

Lou Carrigan

AMOR MIO, VAMOS A RIO

Melanie Wilkington se sentía feliz.

Verdaderamente, como suele decirse, no se puede tener todo en la vida, pero en el caso de Melanie había que admitir que había conseguido bastante. Por ejemplo, una de sus más grandes ilusiones de siempre había sido poder vivir en Río de Janeiro, Brasil; pues bien, desde hacía cinco meses, Melanie Wilkington vivía en Río de Janeiro. Y no sólo esto, en el sentido de disfrute de la vida y de un lugar hacia el que siempre había sentido una gran atracción, sino que, al mismo tiempo, Melanie estaba consiguiendo aprender el portugués y el español.

El portugués lo estaba aprendiendo sobre el terreno sin ninguna complicación, conviviendo con todos los cariocas que se ponían a su alcance durante su vida normal, en la hermosa ciudad brasileña. El español lo estaba aprendiendo con su jefe, el señor Armando Buonetti.



Lou Carrigan

Amor mío, vamos a Río

Bolsilibros - La huella - 104

ePub r1.0
LDS 04.12.17

Título original: *Amor mío, vamos a Río*
Lou Carrigan, 1976
Colección LA
HUELLA
n.º 104. Bruguera – 1976
Colección
SERVICIO
SECRETO
n.º 1767. Bruguera – 1984
Colección
PUNTO
ROJO
n.º 29. Ediciones B – 1992
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



COLECCION

LA HUELLA



CAPÍTULO PRIMERO

Melanie Wilkington se sentía feliz.

Verdaderamente, como suele decirse, no se puede tener todo en la vida, pero en el caso de Melanie había que admitir que había conseguido bastante. Por ejemplo, una de sus más grandes ilusiones de siempre había sido poder vivir en Río de Janeiro, Brasil; pues bien, desde hacía cinco meses, Melanie Wilkington vivía en Río de Janeiro. Y no sólo esto, en el sentido de disfrute de la vida y de un lugar hacia el que siempre había sentido una gran atracción, sino que, al mismo tiempo, Melanie estaba consiguiendo aprender el portugués y el español.

El portugués lo estaba aprendiendo sobre el terreno sin ninguna complicación, conviviendo con todos los cariocas que se ponían a su alcance durante su vida normal, en la hermosa ciudad brasileña. El español lo estaba aprendiendo con su jefe, el señor Armando Buonetti.

Armando Buonetti era argentino, y llevaba tiempo afincado en Río de Janeiro, dedicado a un pequeño pero interesante y al parecer lucrativo negocio de compraventa de objetos de arte. Armando Buonetti tenía una tienda muy agradablemente presentada en la Rúa de San Clemente, en el distrito de Botafogo. Claro que no hablaba español como lo hablaría un ciudadano de Madrid o de Toledo en la propia España, pero, a fin de cuentas, lo importante de un idioma es saber utilizarlo para entenderse con otras personas.

Melanie Wilkington no había tenido ninguna dificultad para entenderse con el buen Armando Buonetti. Era un hombre bajito y delgado, que llevaba unos lentes de montura al aire y gruesos cristales para corregir su miopía, y que, en general, resultaba generoso y simpático.

Lo de generoso estaba demostrado. Sin ir más lejos, gracias al sueldo que percibía de Armando Buonetti, Melanie podía vivir nada menos que en Copacabana. Aunque, por supuesto, no era lujoso, su apartamento en la Rúa Silva Castro resultaba muy agradable, casi elegante, y sobre todo, a juicio de Melanie, tenía el encanto de estar prácticamente en el centro del mundialmente famoso distrito carioca de Copacabana.

Con todo esto, y considerando que Melanie solamente tenía veinticuatro años, que era pelirroja de blancas carnes y cuerpo absolutamente excepcional, habría sido un pecado no sentirse feliz.

Y como Melanie, entre otras muchas cualidades, era una buena chica que había aprendido a disfrutar incluso del simple placer de encender la luz al llegar al apartamento, pues se sentía completamente feliz.

En cuanto al trabajo que realizaba para el señor Buonetti, tampoco había que matarse, ni mucho menos. Cuando estaba en la tienda de objetos de arte, Melanie debía cuidar de éstos y atender a la clientela. Luego, en su condición de norteamericana, estaba encargada de atender toda la correspondencia en inglés que mantenía el señor Buonetti con muchas personas repartidas prácticamente en todo el mundo. Una cosa que tenía bastante extrañada a Melanie, era que a pesar de la numerosa correspondencia que ella se encargaba de sostener con tantas personas que escribían desde tan diversos lugares, prácticamente nunca ninguna de esas personas enviaba un objeto de arte, o pedía a Armando Buonetti que se lo enviara. Pero eso sí, la correspondencia era continua y muy frecuente.

También Melanie debía atender a la clientela carioca y muchos extranjeros que visitaban la tienda de Buonetti, y naturalmente, mantener ésta en perfecto orden y pulcramente presentada.

Es decir, que a poco que se pensase, Melanie era una persona cuyo trabajo presentaba facetas tan diferentes, que ni siquiera podía argumentar que se aburría. En primer lugar, trataba con un hombre encantador, que era el señor Buonetti. Luego, tenía ante ella hermosos objetos de arte, cuadros, porcelanas de todas clases, relojes extraordinarios… En fin, toda una serie de cosas fantásticas. Debía tratar con personas prácticamente de todas las nacionalidades. Debía, con conveniente periodicidad, pasar un

plumerito por los objetos de arte para quitarles el polvo. Tenía que escribir cartas en inglés y muy pronto en español y portugués… En definitiva, Melanie Wilkington no tenía más remedio que ser feliz.

Y así se sentía precisamente aquella tarde de invierno carioca, cuando paseaba tranquilamente por la avenida de la Princesa Isabel.

Anticipando que el invierno carioca del mes de junio es de lo más agradable, había que añadir que mientras paseaba, Melanie estaba viendo la azul bahía de Copacabana. Es decir, según se asegura, la bahía más hermosa del mundo.

Lo único que molestaba un poco a Melanie en aquel paseo era la maleta.

No es que pesase mucho, pero, francamente, estar paseando con una maleta no le parecía excesivamente inteligente. De todos modos, por una vez que el señor Armando Buonetti le pedía aquel favor especial, no podía negarse. Era una maleta de solidísima piel de cerdo, bien curtida y provista de nada menos que con tres cierres de llave. A Melanie ni siquiera se le había ocurrido interesarse por el contenido de la maleta, pero aunque así hubiera sido, nunca hubiera podido abrir por sus propios medios, esto es, sin contar con la llave, ninguna de aquellas tres solidísimas cerraduras.

La idea de la pelirroja norteamericana era que en una maleta tan fortísima y bien cerrada, debía haber algún objeto de arte convenientemente embalado por el señor Buonetti, que en estas cuestiones era todo un experto.

Ahora bien, había algo que tenía realmente intrigada a Melanie. Por ejemplo, lo corriente hubiera sido que el señor Buonetti, al entregarle la maleta, le hubiese dicho que la llevara a determinado lugar y la entregase.

Pero no.

El señor Buonetti no le había pedido tal cosa. Lo que le había pedido, era que fuese a pasear por la avenida de la Princesa Isabel, por el lado más cercano a la avenida Prado Junior, hasta que un caballero se le acercase y le dijera:

—Las olas del mar han llegado a Mato Grosso.

Esto era realmente extraordinario.

En primer lugar, las olas del mar difícilmente podían llegar al macizo montañoso de Mato Grosso, situado unos mil kilómetros tierra adentro y, por supuesto, bastante elevado. En segundo lugar,

a Melanie le parecía una tontería decirle esto, en lugar de decirle sencillamente:

—Por favor, ¿me entrega usted la maleta que el señor Buonetti le ha pedido que me traiga a la avenida de la Princesa Isabel?

Pero, en fin, pelillos a la mar. Si al señor Buonetti le gustaba esta clase de juego, ella no tenía ningún inconveniente. Todo lo que tenía que hacer era esperar al hombre que le asegurase que las olas del mar habían llegado al Mato Grosso, y entregarle la fortísima maleta.

Hecho esto, Melanie Wilkington quedaba libre de trabajo por aquel día, podía ir a su apartamento, darse un buen baño y pasar el resto de la tarde o bien escuchando música o leyendo, o como era más frecuente en ella, dando un paso por toda la avenida Atlántica, saturándose de belleza y hablando con todo aquel que estuviese dispuesto a enseñarle un poco más el idioma portugués.

Por estos cauces discurrían los pensamientos de la pelirroja, cuando apareció el coche. Es decir, uno de tantos coches como circulaban por la avenida de la Princesa Isabel. Pero en seguida se dio cuenta de que este coche iba a tener un significado especial para ella. Era un «Ford» de color granate, que llegaba de la plaza de Demetrio Ribeiro y estaba reduciendo visiblemente la velocidad, mientras se acercaba al bordillo.

Por instinto, Melanie se detuvo y se quedó mirando el «Ford» de color granate. Éste, en efecto, al llegar a su altura se detuvo, y un hombre se apeó rápidamente de la parte de atrás.

Era un sujeto de mediana estatura, delgado, vestido con cierto descuido y que portaba un graciosísimo bigotazo de guías caídas, que le daban un aspecto tristísimo.

El hombre se acercó rápidamente a Melanie, examinándola como si estuviese tomando nota de todas sus características físicas, como podían ser las pecas del rostro, los rojos cabellos siempre tan limpios y brillantes, la roja y redonda boca, y sobre todo, los grandes y hermosísimos ojos verdes que le contemplaban expectantes.

—¡Hola! —dijo el sujeto, en portugués—. Yo soy Ramón. ¿Sabía usted que las olas del mar han llegado al Mato Grosso?

La verdad es que Melanie sintió deseos de reír. Pero, muy seriamente, movió la cabeza en sentido negativo, en tanto abría

mucho los ojos.

—Pues no… —negó—. No, señor, no lo sabía.

—Pues sí —dijo Ramón—. Ya ve usted qué cosas pasan en este país. Pero no tiene que sorprenderse por nada, señorita. Cualquier día, en vez de ser las olas del mar las que vayan al Mato Grosso, será el Mato Grosso el que baje a darse un baño a la bahía de Guanabara. ¿Qué le parece a usted esto?

—Me parece divertido y pintoresco, Ramón —rió Melanie—. Supongo que lo que desea usted de mí es esta maleta.

—Bueno…, en principio, sí, éste era mi deseo, la maleta. Pero me gustaría conseguir algunas otras cosas de usted. No sé si me entiende.

—Le entiendo. Pero temo mucho que no voy a poder complacerle. Tendrá que conformarse con la maleta.

—Bueno —encogió los hombros Ramón—. ¡Qué se le va a hacer! Quizá en otra ocasión se sienta usted más generosa.

—Es posible —admitió con leve sonrisa Melanie, adelantando la mano que sostenía la maleta hacia el bigotudo Ramón.

A partir del momento en que realizó este sencillo gesto de querer desprenderse de la maleta, que sin ser muy pesada estaba ya empezando a molestar, la verdad es que Melanie Wilkington no se enteró gran cosa de lo que sucedió.

Lo primero de todo fue que Ramón, en lugar de tender una mano para recoger la maleta, lanzó de pronto un alarido, dio un salto y fue a caer de bruces un par de metros más allá.

Al mismo tiempo aparecía, lanzado a buena velocidad y con fuerte chirriar de neumáticos, otro coche. Éste era un «Mercedes» de color azul, que llegaba también de la plaza de Demetrio Ribeiro, y que todavía con más estrépito de neumáticos, se detuvo casi en seco.

Melanie vio cómo por la ventanilla derecha trasera asomaba el torso de un hombre que tenía en las manos algo que podía parecer una gran pistola, un rifle o algo parecido.

Luego, vio el gran destello rojo que brotó de aquel objeto, y al instante, el coche «Ford», del cual se había apeado segundos antes el bigotudo Ramón, pareció un enorme escarabajo saltando. Pero saltando envuelto en una roja y brevísima llamarada, y dando la vuelta de tal modo que fue a caer cuatro o cinco metros más allá,

con las ruedas hacia arriba.

Mientras tanto, la potencia del estampido había sido tal, que Melanie notó en su rostro especialmente, pero también en todo el cuerpo una tremenda oleada de calor y un fortísimo impacto, que la desplazó violentamente hacia atrás.

Terminó cayendo de espaldas y rodando por el suelo, siempre agarrada a la maleta. Cuando se sentó, sacudiendo la cabeza para recuperar la visión correcta y el control de la situación, vio muy cerca de ella, boca abajo y mirándola con expresión angustiada, al bigotudo Ramón, que parecía querer clavar las manos en el suelo.

Siguiendo la dirección de esta línea visual, vio en la calzada el coche «Ford» de color granate, humeando, ruedas arriba y con las portezuelas abiertas, por las cuales salían como podían algunos hombres.

Ni que decir tiene que, mientras tanto, se estaba organizando en la avenida de la Princesa Isabel un jaleo espantoso. La gente corría alejándose del humeante coche, y en la calzada se oían fuertes frenazos y toques de claxon insistentes. Mientras tanto, dos hombres se habían apeado del «Mercedes» de color azul y se acercaban rápidamente, casi corriendo, adonde Melanie yacía sentada y todavía agarrada instintivamente a la maleta.

Los dos hombres llegaron en unos segundos junto a ella, y uno se inclinó, asió el brazo de la pelirroja norteamericana, y lo sacudió enérgicamente.

—¡Vamos, suelta, estúpida!… —Gruñó—. ¡Solamente queremos la maleta!

Los desorbitados ojos de Melanie se volvieron hacia el rudo sujeto, y la muchacha movió negativamente la cabeza.

En realidad, ni siquiera sabía lo que decía, cuando tartamudeó:

—No, señor. Porque usted no ha dicho que las olas del mar han llegado al…

Recibió una tremenda bofetada, que la derribó completamente de espaldas en el suelo. Acto seguido, notó el fortísimo tirón que le arrebató la maleta de sus dedos, y un instante después, de nuevo sentada, vio cómo uno de los hombres se dirigía hacia el «Mercedes» de color azul, cargando con la maleta.

Entonces, cuando parecía que la cosa iba a terminar ahí, esto es, con la fuga de aquellos dos sujetos que le habían robado la maleta y

atentado tan brutalmente contra Ramón y sus amigos del «Ford» de color granate, comenzaron a suceder más cosas.

Una poderosa motocicleta «Honda» apareció súbitamente. Apareció en la acera, subiendo a ésta con un poderoso salto. Su motor apenas se oía, pero su sólida y bella estructura estaba bien visible allí, como brotada del suelo.

El conductor de la motocicleta parecía poco menos que un marciano.

Llevaba por indumentaria visible un mono de color amarillo que le cubría del cuello a los pies. Y en la cabeza, un gran casco protector de motorista. Detuvo la motocicleta delante mismo del sujeto que había robado la maleta a Melanie, se apeó rápidamente, y acercándose al hombre de la maleta, le lanzó un espantoso puntapié entre las ingles.

El hombre lanzó un bramido y saltó hacia arriba encogiéndose, mientras, por supuesto, soltaba la maleta y dedicaba absolutamente toda su atención hacia el delicadísimo lugar donde había recibido el patadón.

Y todavía estaba este sujeto en el aire, preocupado por sus desperfectos anatómicos, cuando el marciano de la motocicleta «Honda», sin más consideraciones, saltaba hacia el otro hombre, que en aquel momento apuntaba hacia él con la terrible arma con la que había vuelto ruedas arriba el coche «Ford».

Sólo que el marciano no dio tiempo al sujeto a utilizar con él la poderosa arma.

Un fortísimo derechazo en pleno estómago le dobló hacia sí mismo, sin aliento y olvidando inmediatamente que disponía de un arma. Todavía estaba doblándose, cuando el siguiente golpe, alcanzándole de lado en el borde de la barbilla, le hizo girar la cabeza como si el cuello fuese de goma, y lo forzó a dar un giro sobre sí mismo y a caer de bruces en la acera.

Acto seguido, el extraordinario marciano de la motocicleta «Honda» se inclinó, agarró el asa de la maleta y con la otra mano hizo señas a Melanie.

—¡Eh, tú, pelirroja! —llamó—. ¡Ven aquí, de prisa!

Dicho esto, regresó rápidamente junto a la caída «Honda», la puso derecha y saltó al asiento, colocando ante él la maleta. Con suave y poderoso bramido, la motocicleta acudió al encuentro de

Melanie, que lanzó un grito y retrocedió.

—¡No hagas tonterías! —le gritó el marciano, siempre en portugués—. ¡Vamos, sube detrás de mí!

En el momento en que Melanie estaba vacilando, del coche «Mercedes» de color azul salían precipitadamente dos hombres, cada uno de ellos con una pistola en la mano. Justo cuando estaban apuntando hacia el marciano y ella, Melanie les vio y gritó:

—¡Cuidado!

La reacción del marciano fue dar un poco de gas a la moto, que saltó hacia adelante con increíble suavidad. Al pasar golpeó con el codo a Melanie en el vientre, derribándola al suelo.

Y esto fue lo que salvó la vida de los dos, por el momento.

Las balas, disparadas con silenciador, chascaron por encima de la cabeza de Melanie, y fueron a rebotar agudamente contra la pared.

Acto seguido, y ya sin la menor vacilación, la pelirroja norteamericana se apresuró a desplazarse hacia la motocicleta, primero a gatas, luego trompicando, y finalmente saltando hacia el asiento, detrás del marciano.

De nuevo pareció saltar la «Honda». En realidad, casi volaba. El suave y elegante zumbido de su poderoso motor le pareció a Melanie música en comparación con los rebotes de las balas que les estaban disparando aquellos dos sujetos.

Mientras la motocicleta se alejaba de allí, en dirección a la avenida Atlántica, esto es, hacia la playa de Copacabana, Melanie volvió la cabeza.

El cuadro que vio tras ella era realmente escalofriante.

Ramón, el bigotudo, continuaba tendido de bruces en el suelo. Cerca de él había dos hombres, uno de ellos todavía encogido, convertido en una bola, con ambas manos en la entrepierna. Estaba tan lívido, que parecía muerto.

Un poco más allá estaba el otro, tendido cara al cielo, con los brazos y las piernas muy abiertas, sin sentido…, o quizá muerto. Aunque se podía dudar que el marciano lo hubiese matado tan sólo con un golpe en la barbilla.

Y en la calzada, finalmente, tres hombres habían conseguido salir del coche tumbado ruedas arriba y caminaban dando trompicones, alejándose del vehículo.

En el mismo momento en que, finalmente, el coche «Ford» estallaba en una enorme llamarada que lanzó una gran columna de humo negro hacia el cielo, por la izquierda apareció el «Mercedes» de color azul, lanzado en persecución del marciano y su motocicleta «Honda».

Verdaderamente, hay gente muy poco considerada en el mundo.

Acababan de fastidiarle a la simpática y bellísima Melanie una de las tardes que más agradables le habían parecido desde su llegada, casi medio año antes, a Río de Janeiro.

CAPÍTULO II

Pero, en definitiva, una muestra de inteligencia es saber aceptar las situaciones, adaptarse a ellas y, en lo posible, hacer que esas situaciones reviertan en nuestro favor.

Como mínimo, ciertamente, hay que tener la perspicacia precisa para saber escapar de las situaciones molestas. Y Melanie decidió que debía colaborar en esto con el marciano.

Así que, abrazada a su cintura, gritó:

—¡Vienen los hombres de las pistolas, con el coche «Mercedes»!

—¡Bueno! —Le llegó la voz del marciano—. ¡Todo el mundo tiene derecho a hacer el ridículo, nena!

De momento, Melanie no comprendió muy bien esto. ¿Qué quería decir el marciano con lo de hacer el ridículo? A fin de cuentas, estaba clarísimo que aquellos hombres que les perseguían no iban a vacilar en disparar contra ellos para matarlos. Y eso a ella no le parecía ridículo, sino peligrosísimo.

Pudo haberse ahorrado estos pensamientos, porque en cuanto tuvo camino expedito ante él, el marciano aumentó la velocidad de la motocicleta «Honda».

Y fue realmente como ponerse a volar. En pocos segundos la motocicleta ganó tal ventaja al coche «Mercedes», que parecía que éste se fuese empequeñeciendo en la distancia, como en un juego de magia. Estaban ya en la avenida Atlántica, y Melanie pasó, o mejor dicho, le pareció que pasaban ante sus ojos, a velocidad increíble, la plaza Bernardelli, el Copacabana Palace Hotel…

La suavidad de marcha de la «Honda» era tal que, en efecto, parecía que no se movía y que era todo lo demás lo que se desplazaba. Y por supuesto, cuando volvió la cabeza, el «Mercedes», que acababa de aparecer en la avenida Atlántica, era todavía más

pequeño que la última vez que lo había visto.

De pronto, la motocicleta abandonó la avenida Atlántica, hacia la derecha, naturalmente, y segundos después Melanie veía pasar ante ella la plaza Correia… A partir de ese momento, decidió no preocuparse más por el coche «Mercedes».

Y muy poco después, ya no sabía siquiera dónde estaba, el marciano redujo la peligrosa y por supuesto prohibida velocidad de la motocicleta, poniéndose a una marcha normal.

—¿Nos siguen todavía? —Volvió la cabeza, un instante, el marciano.

Melanie sintió ganas de reír, pero se limitó a decir:

—No. Los hemos perdido de vista en seguida.

—¡Estupendo! ¿Está usted bien?

La pregunta sorprendió un poco a Melanie. ¿Que si estaba bien? Pues sí. Al menos ella no sentía dolor ni menoscabo alguno. Y fue entonces, ya entrando tranquilamente por una ancha avenida flanqueada de arboleda, cuando se dio cuenta realmente de que acababa de vivir lo que sin duda sería para siempre la gran aventura de su vida, y en la que dos grupos de hombres se habían estado tiroteando para conseguir la maleta.

Sí. No podía tener la menor duda de que lo que querían todos era la maleta.

¿Todos?

¿Y el marciano que estaba delante de ella conduciendo la motocicleta? ¿De dónde había salido, quién era y qué quería? ¿También la maleta?

—¿Está bien o no? —preguntó en voz más alta el marciano.

—Sí…, sí, estoy bien.

—¡Estupendo! La voy a convidar a tomar algo.

Melanie no contestó. Continuó abrazada a la cintura del marciano y mirando hacia su derecha, que era hacia donde tenía vuelta la cara. Pronto supo que estaba pasando por delante de la laguna Rodrigo de Freitas, y poco después pasaba por delante del Club de Regatas Flamengo, del Hipódromo Da Gavea… Finalmente, llegaron a la avenida Borges de Medeiros, donde el marciano, al llegar delante de un bello edificio de hermosas terrazas, se metió en el aparcamiento subterráneo de éste, sin la menor vacilación.

Un instante después, detenía la motocicleta y volvía la cabeza

hacia ella.

—Apéese.

Melanie obedeció. El marciano lo hizo tras ella, y sosteniendo la maleta con la mano izquierda, pasó el brazo derecho por los hombros de Melanie y señaló con la cabeza hacia una puerta iluminada.

—Ahí está el ascensor. Vamos a subir a mi apartamento y nos emborracharemos para celebrar que está usted bien.

—¿Quién es usted? —Clavó en el suelo sus pies Melanie—. Haga el favor de devolverme mi maleta y me iré ahora mismo a…

—¿Adónde? —masculló el marciano—. ¿No comprende que esos sujetos pueden aparecer en cualquier momento, buscándola y dispuestos a todo con tal de robarle la maleta?

—¿Quién es usted? —se interesó ella—. ¿Por qué ha intervenido?

—¡Y yo qué sé por qué demonios he intervenido! —refunfuñó el marciano—. Simplemente, he visto a una preciosa chica en apuros y me ha parecido que debía ayudarla.

—¿Quiere decir que usted no tiene nada que ver con aquellos hombres?

—¿Pero de qué demonios está hablando? —Casi gritó, ya mosqueadísimo, el marciano—. ¡Oiga, nena! Yo estaba paseando con mi motocicleta, tan ricamente, cuando de pronto veo una serie de cosas raras y gente molesta perjudicando a una jovencita. Me pareció que querían robarle la maleta, y como soy un caballero andante, sencillamente la he salvado de un grandísimo peligro y he puesto a salvo su maleta. ¿Está de acuerdo con esta descripción de los hechos?

Melanie Wilkington, que contemplaba estupefacta y boquiabierta las facciones que podía distinguir del marciano a través del cristal plástico del casco, acabó por asentir, aunque sin saber realmente lo que hacía.

—Sí… —Movió la cabeza—, sí, señor. Estoy conforme.

—Muy bien. Entonces, vamos arriba a tomar algo para que se le pase el susto.

Fueron los dos a la puerta iluminada, que resultó ser la cabina del ascensor. Segundos más tarde, éste se detenía en un piso, y el marciano empujó la puerta. Melanie salió, él lo hizo detrás, y

fueron hacia uno de los apartamentos, recorriendo silenciosamente el amplio pasillo adornado con hermosas plantas.

El marciano se detuvo delante de la puerta señalada con el número 4C7, sacó unas llaves del bolsillo, abrió y se apartó.

—¡Hogar, dulce hogar!, como dicen los americanos —refunfuñó—. Porque tú eres norteamericana, ¿verdad, pelirroja?

—Sí…, sí, señor.

—Bueno, paciencia. No se puede ser perfecto.

Como Melanie todavía parecía vacilar, el marciano le puso la mano en la espalda, la empujó suavemente y entraron ambos.

Cerró la puerta, volvió a apoyar una mano tras la espalda de Melanie y la llevó, como si fuese una muñequita con ruedas en los pies, hacia un grandioso salón, en cuyo fondo había unos grandísimos ventanales a través de los cuales solamente se veía cielo.

—Bueno, pues ya estamos en casa. ¿Qué te gustaría tomar, pelirroja?

—No…, no sé…

—¿Qué te parece un *whisky*? Desde luego no es norteamericano. O sea de Kentucky o un sitio parecido. El *whisky* que yo tomo es nacional.

—Me…, me da lo mismo, señor.

El marciano asintió, y de pronto se quitó el casco y lo tiró sobre uno de los sillones.

Entonces fue cuando, realmente, Melanie Wilkington quedó sumida en el más grande pasmo de su vida.

Desde luego, aquel ser no era un marciano. Era un terráqueo. Y un terráqueo nada corriente, desde luego. Lo cual quedó aún más en evidencia cuando se quitó el «mono», tras bajar la cremallera. Tiró el «mono» a un lado y se quedó de pie ante la maravillada Melanie, que no conseguía salir de su pasmo, como si fuese la primera vez que veía un hombre en traje de baño.

—Buen tiempo tenemos, ¿verdad? —sonrió el ex marciano—. Nadie diría que estamos empezando el invierno.

Melanie Wilkington seguía con la boca abierta. Y desde el punto de vista femenino, seguramente no había para menos. El ex marciano era un tipazo de metro ochenta bien cumplido, ancho de hombros, estrecho de cintura y con una musculatura impresionante

que destacaba bajo la bronceadísima epidermis. En cuanto al rostro, sus facciones eran enérgicas, viriles y muy atractivas. Los ojos oscuros tenían una expresión entre amable e irónica. Los cabellos, negros y un tanto largos, le concedían un cierto aspecto leonino.

—Más complicaciones —dijo el impresionante personaje—. Ahora, a la pelirroja yanqui le ha dado un ataque cataléptico.

—¿Eh? —Reaccionó Melanie—. ¿Qué, qué dice…?

—¡Ah, estás viva! Bueno, menos mal. Me pareció que habías quedado catatónica o cataléptica, o algo así. Quedamos, pues, en que vamos a tomarnos un buen *whisky*. Pero antes voy a vestirme, no sea que pienses que soy un inmoral.

—No —negó ella—, claro que no…

—Menos mal… ¿Cómo te llamas, pelo de panocha?

—Melanie…, Melanie Wilkington.

—¡Qué horror! Desde luego, los americanos de allá arriba tenéis una manera bien rara de llamaros. Pero en fin, supongo que a ti mi nombre va a parecerte tan raro como a mí el tuyo. Yo soy nada más y nada menos que José Alberto Souza y Saldanha. Naturalmente, brasileño por la gracia de Dios…, y además carioca. Es decir, que no vas a encontrar en todo el mundo un material como este que tienes delante.

—Sí… Le creo, señor Souza.

—Mira, hijita, aquí en Brasil somos seguramente más democráticos que en los USA…, de modo que nada de señor. Puedes llamarme José Alberto… Y si llega el momento en que te consideras especialmente amiga mía, llámame Cherto, que es como me llaman quienes me adoran.

—Sí, señor Cherto.

José Alberto Souza y Saldanha se quedó mirando con el ceño fruncido a la turulata Melanie. Pero acabó por sonreír y darle un cachetito en una mejilla.

—Bueno, pelo de panocha, vamos a hacer un trato. Yo voy a ponerme una ropa algo más social y tú vas a buscar a la cocina algo de hielo y unos vasos, y luego vuelves aquí, a ver si encuentras dónde está el *whisky* y preparas un par de tragos. ¿Te parece bien?

—Sí, Cherto.

—Estupendo. Veo que vas progresando. Al llamarme Cherto, quieres decir que me adoras, ¿no es cierto?

—Oh, bueno… No. Es decir, no lo sé.

—Bueno, ve preguntándotelo mientras preparas ese par de tragos.

Cherto Souza abandonó el salón y fue a su dormitorio, donde se procuró ropas del armario, que ocupaba todo un paño de pared. Se puso unos pantalones claros y un jersey marrón de manga corta y cuello abierto, y finalmente se puso unos gruesos zapatos deportivos.

Cuando volvió al salón, Melanie había regresado ya de la cocina con vasos y cubitos de hielo, pero no había conseguido encontrar el *whisky*.

Cherto Souza le puso una mano en la nuca, y sujetándola por allí, por supuesto amablemente, la condujo hacia un mueble que a todas luces era una librería.

—¿Ves esto? —señaló.

—Sí…, claro que lo veo.

—Bueno. Pues, como es lógico, aquí está el *whisky*.

No tenía nada de lógico, pero el *whisky* estaba allí, en efecto. Cherto Souza apartó todo un bloque de libros, es decir, de lomos de libros simulados, y dejó al descubierto el hueco donde estaban las bebidas. Retiró una botella de *whisky*, cerró y volvió a agarrar por el pescuezo a Melanie Wilkington, y la llevó hacia el sofá. La sentó allí, con gestos muy amables, y sirvió *whisky* para los dos. Luego se sentó a su lado y le dio una palmadita en una rodilla.

—Bueno… De modo que acabas de pasarlas canutas. ¿No es así, pelirroja?

—La verdad es que no sé lo que ha ocurrido.

—¿No lo sabes? Bueno, si quieres te lo explicaré, pero creo que lo has visto tan bien como yo. Es indudable que algunas personas estaban interesadas por tu maleta. Supongo que no la debes llevar llena de oro.

—No… Habría sido demasiado peso para mí.

—¡Ah! —La miró amablemente Alberto Souza—. Bueno, sí, seguramente toda una maleta llena de oro sería demasiado para tus preciosos bracitos. ¿Te he dicho ya que eres una nena preciosa, Melanie?

—No —sonrió ella—. Aún no me lo ha dicho.

—Pues dalo por dicho. Y ahora, ¿qué te parece si echamos una

canita al aire?

—¿Qué quiere decir? —exclamó ella, sobresaltándose.

—Tranquila. No soy un maníaco sexual. Ya te he dicho que soy un caballero andante, y lo he demostrado al salvarte de gravísimos peligros. ¿De verdad no sabes lo que ha pasado?

—Bueno, yo sólo sé que tenía que entregarle la maleta a un hombre. De todo lo que ha sucedido después, no tengo ni idea. Pero lo sabré, en cuanto vaya a explicárselo todo al señor Buonetti.

—¿Quién es el señor Buonetti?

—Mi jefe. Es un hombre muy amable. Tiene una tienda de objetos de arte.

Melanie Wilkington explicó brevemente a José Alberto Souza lo que sabía respecto a la maleta y al encargo que ella tenía de entregar. Cuando terminó, Souza había terminado ya su *whisky*, y le hizo una seña a ella ofreciéndole más. Melanie negó con la cabeza, pero Souza sí se puso un poco más.

Luego, todavía pensativo, murmuró:

—Pues a mi juicio, la cosa está bien clara. El señor Buonetti quería que entregases la maleta al tipo llamado Ramón. Y los que llegaron después en el coche «Mercedes» de color azul querían quitarle la maleta a Ramón o a ti.

—Lo mejor será que llame al señor Buonetti para…

Souza la atajó con un gesto.

—No te des tanta prisa, pelirroja. Parece que tú no has comprendido la situación. O mejor dicho, no te has hecho una pregunta que yo me estoy haciendo. ¿Cómo sabían los del coche «Mercedes» que tú tenías que entregarle una maleta al bigotudo Ramón en la avenida de la Princesa Isabel, y precisamente esta tarde y a esta hora?

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió Melanie.

—Pues, hijita, está bien claro. Alguien le fue con el cuento de la entrega de la maleta a los del coche «Mercedes». Y eso significa que en alguna parte del bloque representado por el señor Buonetti, tú, Ramón, y sus amigos, hay un traidorcete. ¿Comprendes?

—Pero…, ¿de qué está usted hablando? Habla como si yo hubiese llevado… o llevase en la maleta algo de gran importancia.

—¿Tú no sabes lo que llevas en la maleta?

—No, señor. Ni me interesa. Yo solamente tenía que entregarla.

—Pues si a ti no te interesa, a mí sí. De modo que voy a echarle un vistazo.

—¡Usted no tiene derecho a hacer eso! —exclamó Melanie—. Su contenido es del señor Buonetti, y en todo caso, podría serlo de Ramón y sus amigos. Yo creo que lo que debemos hacer es llamar al señor Buonetti, para que venga a recogerme a mí y la maleta.

—Tómatelo con calma. Ya te he dicho que en todo este asunto hay alguien que no está jugando limpio. Así que lo mejor que podemos hacer, de momento, es ver qué tiene la maleta.

—¡Se lo prohíbo! —dijo Melanie, con tono firme.

—Ah, bueno —la miró con evidente cachondeo Cherto Souza—. Entendida la prohibición. Y ahora como es lógico, haré lo que me dé la gana.

—De todas maneras, no va a poder abrir usted esa maleta.

Cherto Souza se acercó a la maleta, la colocó vertical y durante unos segundos estuvo examinando atentamente los tres fortísimos cierres de acero. Acabó por asentir con la cabeza, y sin hacer ni un solo comentario abandonó el salón. Regresó medio minuto más tarde con un manojo de llaves y ganzúas, que hizo tintinear ante los preciosos ojos verdes de Melanie.

—Vas a asistir a un milagro auténtico, pelo de panocha.

—¿Con qué derecho interviene usted en esto? —protestó Melanie.

—Pues tú quizá aún no lo has entendido, pero según como estén las cosas después de lo ocurrido, es posible que tu lindo cuello no valga ni siquiera un cruceiro… de los antiguos. ¿Comprendes?

—No…, no comprendo. ¿Qué quiere decir?

—Veamos primero qué hay en la maleta.

El asunto podía en efecto parecer imposible, pero lo cierto es que en menos de cinco minutos, Cherto Souza, utilizando las pequeñas ganzúas de acero que colgaban del bien provisto llavero, había abierto las tres solidísimas cerraduras.

Entonces, colocó la maleta plana sobre el sofá y, sin más complicaciones, alzó la tapa.

El se quedó impávido, pero Melanie, que se había colocado a su lado, dominada por la curiosidad, no pudo evitar un fortísimo respingo y casi un salto hacia atrás.

—¡Santo cielo! —exclamó.

Cherto le dirigió una mirada indiferente.

—¿A qué viene una exclamación tan importante? —refunfuñó—. Solamente es dinero, nena.

—Pero… toda la maleta está llena de billetes. De dólares… ¡Debe haber aquí cientos de miles de dólares!

Souza volvió a mirar los apretados fajos que llenaban la maleta. Había, en efecto, fajos de billetes muy bien apretados. Había billetes de cien, de quinientos y de mil dólares, y haciendo un cálculo promedio de la cantidad que podía haber de cada una de estas nominaciones, la cuenta que obtuvo el brasileño sobrepasó la efectuada por Melanie Wilkington.

—Yo diría que hay aquí millones de dólares, no cientos de miles. ¿Te parece que dediquemos un ratito de nuestras vidas a contarlo?

—No… Yo creo que lo que debemos hacer es llamar al señor Buonetti.

—Chiquita, no entiendes nada. ¿No comprendes que el señor Buonetti, como mínimo, es un contrabandista de divisas, y que en cuanto sepa que tú lo sabes y que yo lo sé, se va a molestar mucho con nosotros?

—No…, no.

—Vamos, despierta. Yo estoy dispuesto a creerte, en el sentido de que tú no sabías nada y que te has limitado a ser una especie de ayudante y secretaria de Buonetti en su tienda de objetos de arte. Pero lo evidente es que el señor Buonetti sabe perfectamente que esta maleta está llena de dólares norteamericanos. Y una persona que maneja de este modo unos cuantos millones de dólares USA por fuerza es un contrabandista. ¿Lo entiendes?

—Sí, sí. Pero…, ¡no puede ser!

—Vaya… Bien cierto es que no hay sordo más sordo que el que no quiere oír. Ni tonto más tonto que el que quiere ser tonto. Siéntate ahí y ayúdame a contar, aunque sea por encima, la fortuna que tenemos a nuestra disposición.

Le dio un amable empujoncito y la sentó en el sofá, junto a la maleta. Acercó un sillón, se sentó frente a ella y, sacando un par de fajos, se los echó en el regazo. Luego sacó él y empezó a contar.

Quince minutos más tarde, el cálculo aproximado que efectuó José Alberto Souza, teniendo en cuenta la cantidad de fajos, la cantidad de billetes que contenía cada fajo y la nominación de los

respectivos billetes, arrojaba la cantidad de unos seis o siete millones de dólares.

Cuando se lo dijo a Melanie, ésta se le quedó mirando boquiabierta. Y Cherto Souza tuvo el amable gesto de colocarle un dedo bajo la barbilla y cerrársela.

—Bueno. Creo que tal como están las cosas, podemos hacer un trato con el señor Buonetti.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que quiero decir, en primer lugar, es que me tutees. Y en segundo lugar, que tú y yo nos vamos a hacer ricos por obra y gracia de este pequeño golpe de fortuna.

—¡No le entiendo!

—¡Maldita sea mi estampa, no entiendes nada, pelirroja! —farfulló el brasileño—. Bueno, toma ese teléfono, llama a tu jefe el señor Buonetti y dile que tenemos la maleta. Y que elija entre no verla más o que se la entregaremos, pero con un pequeño descuento del diez por ciento.

—¡No podemos hacer esto! —exclamó Melanie.

—¡Ya lo creo que podemos! A ver si lo entiendes de una vez, pelirroja. Tu jefe es todo un sinvergüenza, y los sinvergüenzas pueden prescindir de un diez por ciento de su sinvergonzonería. ¿Lo entiendes ahora?

—Pero, Cherto, este dinero es de él…

—No digas tonterías. Tú llámale y dile cuál es la oferta. ¡Ah!, y añade que por ese diez por ciento me comprometo a entregar la maleta a la persona que estaba destinada. Tanto si es Ramón, que quizá a estas horas haya muerto, como si es otra persona, tanto si está en Río como fuera de Río.

—Se lo diré —asintió Melanie—. Pero no veo por qué el señor Buonetti, te ha de regalar a ti seiscientos mil dólares.

—Pues por la sencilla razón —replicó sonriendo Alberto Souza—, que si no me regala él seiscientos mil dólares, me regalo yo mismo seis millones. De modo que ponte al habla con ese argentino de origen italiano y que tome una decisión.

Melanie fue hacia el teléfono y marcó el número de la tienda de objetos de arte. Pero no obtuvo respuesta, así que tras vacilar recurrió al listín telefónico en busca del nombre de Armando Buonetti, hasta encontrarlo. Entonces llamó a su domicilio

privado…, donde tampoco obtuvo respuesta.

Estuvo insistiendo varias veces, hasta que, cuando se disponía a hacerlo una vez más, Cherto Souza la atajó con un gesto.

—Déjalo. ¿No comprendes que el pájaro ha volado, pelirroja? Tu querido jefe el señor Buonetti se ha asustado por lo sucedido, no sabe cómo están las cosas exactamente, y ante el peligro de que por medio de ti, la policía o quien sea llegue hasta él, ha decidido emprender el vuelo.

—No lo creo. El señor Buonetti seguramente podría dar una muy buena explicación de la posesión de este dinero.

—Mira, pelirroja, eres tan ingenua que, a lo mejor, si te digo que pases la noche conmigo, eres capaz de aceptar. ¿Qué respondes?

—¿A qué? —Abrió mucho los ojos Melanie.

—¡Pero si te lo estoy diciendo! —gritó Cherto Souza—. Te estoy diciendo que pases la noche aquí. Y entre trago y trago podemos ir llamando al señor Buonetti a su domicilio, o a la tienda, a ver si finalmente lo localizamos.

—No tengo por qué quedarme aquí —rechazó Melanie—. Yo me voy a mi apartamento.

—¿Pasando por encima de mi cadáver? —preguntó amablemente Cherto.

—¿Qué?

—Que no soy tan tonto como para dejarte marchar, sabiendo que estoy aquí con la maleta de tu jefe. Lo mejor será que procuremos ser lo más amables posible. Por ejemplo, yo te invito a cenar y a dormir aquí… ¿Qué pones tú de tu parte, pelirroja?

—Yo no tengo que poner nada.

—Bueno, ya que te lo tomas así, te lo explicaré de otro modo. O te quedas aquí gozando de mi amable y simpática compañía, o simplemente te corto el pescuezo y tiro tu cabeza al triturador de basuras. ¿Qué dices?

—¡Oh, Dios mío! —gimió Melanie Wilkington.

Cherto Souza se acercó a ella, la abrazó por la cintura y sin más la besó golosamente en los labios. Luego, pasó una mano por la roja cabellera de la muchacha, y como al parecer le había quedado un grato recuerdo del beso, antes de que ella hubiese podido reaccionar, volvió a besarla, apretándola ahora por la nuca de modo que el beso fue más fuerte, más profundo.

Cuando finalmente apartó a la muchacha, José Alberto Souza, no sin motivos, esperaba una reacción considerablemente violenta por parte de ella.

Pero Melanie Wilkington, que todavía tenía los ojos cerrados, los abrió unos segundos más tarde y suspiró.

—Si me quedo aquí contigo… ¿qué pasará, Cherto?

—Pasará lo que nosotros queramos que pase —susurró él—. Pero, por supuesto, nada malo.

CAPÍTULO III

Melanie Wilkington notó en sus labios la boca masculina y abrió los ojos sobresaltada. Pero inmediatamente una expresión de profunda alegría, una luz radiante apareció en sus pupilas. Alzó los brazos, rodeó con ellos el cuello de Cherto Souza, y le obligó a inclinarse más sobre ella, mientras correspondía apasionadamente al beso.

Emitió un gemidito cuando notó las suaves caricias de él y finalmente, ya sin respiración, no tuvo más remedio que pedir tregua por el simple procedimiento de ladear la cabeza y separar sus labios de los del carioca.

—Cherto —susurró—, te amo…

—Bueno, eso me parece una postura inteligente y romántica por tu parte. Ahora, llama por teléfono.

Cherto Souza se volvió, sentado en la cama junto a Melanie, y tomando el teléfono de sobre la mesita de noche lo puso sobre el vientre de la muchacha.

Ésta se sentó rápidamente en la cama, y tras contemplar todas sus ropas, tiradas de cualquier manera en uno de los silloncitos del dormitorio de Cherto, miró el aparato que había quedado en el hueco de sus piernas, cruzadas al estilo árabe.

—¿A quién tengo que llamar? —preguntó.

—Al señor Armando Buonetti, tu querido jefe. Son más de las nueve de la mañana, así que quizá sea posible encontrarlo en la tienda.

—¿Son las nueve de la mañana? —Se pasmó Melanie.

—Más de las nueve de la mañana. Pero no he querido despertarte antes porque he pensado que estarías un poco fatigada.

—¡Oh, sí! —Ella le miró y sonrió luminosamente—. Pero no me importa estar fatigada, Cherto.

—Eso parece —sonrió él—. Me da la impresión de que te sientes perfectamente feliz por haberme conocido.

—¡Oh, sí! —Casi gritó Melanie—. ¡Naturalmente que sí, Cherto!

—¿Ves? —reflexionó Souza—. Esto es lo que me gusta a mí de la vida aventurera. Te la pasas más aburrida que un camarón en el fondo del Océano, pero de pronto un día, ¡zas!, aparece algo que ha valido la pena haber estado esperando durante tanto tiempo.

—¿Te refieres a mí? —Emitió un jubiloso gritito Melanie Wilkington—. ¿Quieres decir que tú también estás contento por haberme encontrado a mí, Cherto?

—Y además —refunfuñó el brasileño—, resulta que eres norteamericana. La verdad es que a mí los yanquis nunca me han hecho mucha gracia.

—¡Oh! Pero yo sí te hago gracia, ¿verdad?

—Mira, será mejor que llames por teléfono, y según lo que diga el señor Buonetti, te diré si me haces gracia o no me haces gracia. Quiero decir que seas convincente y sepas explicarle bien cuáles son nuestras pretensiones.

—¡Nuestras! —recalcó ella, sorprendida.

—Naturalmente. Supongo que a partir de ahora, y después de esta noche de intercambio de pensamientos y de posturas ante la vida, no irás a decirme que eres capaz de volver a vender porcelanas chinas, alejándote de la vida de Cherto Souza y Saldanha.

—¿Me estás pidiendo que me quede aquí contigo? —Casi gritó de nuevo Melanie.

—Bueno…, si te portas bien, es posible que te lo pida. Por el momento, me parece que antes de intentar siquiera volver a trabajar con el señor Buonetti, es mejor que hables con él. El diez por ciento, no lo olvides.

—El señor Buonetti se va a enfadar mucho conmigo.

—Bueno, le compraremos una flauta.

—¿Una flauta? —se sorprendió una vez más Melanie—. ¿Para qué quiere el señor Buonetti una flauta?

—Para tocarla a fin de que oyendo música se le pase el enfado. ¿Qué demonios estás esperando para llamar?

Melanie tomó el auricular y marcó el número. En primer lugar, el de la tienda de objetos de arte.

Y para su sorpresa, a las pocas llamadas, que zumbaban audiblemente incluso para Cherto Souza, el auricular fue descolgado al otro lado.

—Señor Buonetti, soy Melanie. Tengo la maleta que… Sí, sí la tengo yo, no se preocupe. Verá lo que ocurrió. Cuando yo estaba… ¿Qué dice usted?

—Sí, sí, le repito que la maleta la tengo yo. Ocurrió que después que Ramón salió del coche y se acercó para decirme que las olas del mar habían llegado al Mato Grosso, apareció otro coche que…

Melanie Wilkington explicó a Armando Buonetti lo sucedido en la tarde anterior. Cuando terminó, hubo al otro lado unos segundos de silencio, durante los cuales la pelirroja miró a Cherto Souza con expresión interrogante.

El carioca se limitó a guiñarle un ojo, luego se inclinó hacia ella y comenzó a besarla, empezando por la barbilla y pasando por la garganta, siempre hacia abajo.

—Sí, sí, diga, señor Buonetti. Creía que era usted quien había colgado.

—Le aseguro que yo no tengo nada que ver con esto. El hombre del que le hablo, el de la motocicleta, nos tiene a la maleta y a mí.

—Ya le he dicho lo que él quiere y bajo qué condiciones. Usted sólo tiene que… ¡Oh, cuánto te amo!…

—No, no —se sobresaltó Melanie, a la que Cherto Souza seguía besando—. No se lo decía a usted, señor Buonetti. Es que… Bueno, quiero decir que… Bien, ¿qué contesta usted a la proposición del hombre de la motocicleta «Honda»? Insisto en ello, porque mucho me temo que si ustedes dos no llegan a un acuerdo, no me volverá a ver a mí ni a la maleta. La maleta se la quedará él. En cuanto a mí, quizá me corte el cuello y me tire al mar.

—Mujer, no exageres —murmuró Alberto Souza, mientras iniciaba un nuevo recorrido de besos, partiendo ahora desde un hombro de Melanie Wilkington.

—Cherto, por favor —suspiró ella.

—¿Cómo dice, señor Buonetti? ¡Ah, no! No se lo decía a usted. En definitiva, estamos esperando que usted nos diga cuál es su decisión respecto a la maleta.

—Sí, sí. Un momento, por favor, que anotaré el número telefónico.

—Sí, sí, lo he entendido: es un número de Buenos Aires. Un momento, lo anotaré.

Cherto Souza había saltado rápidamente de la cama, y de la mesita de noche tomó una libreta de tapas negras, con un pequeño bolígrafo introducido en el lomo. Sacó el bolígrafo, abrió la libreta y tendió ambas cosas a Melanie. Y como ella no podía sostener el bolígrafo en una mano y la libreta en otra, y al mismo tiempo el auricular, él se encargó de sostenerle el auricular pegado a la orejita, sentado junto a ella y comenzando a besarla, ahora, en la nuca.

—Dígame, señor Buonetti.

—De acuerdo. Sí… Un momento, por favor. Voy a preguntárselo al hombre de la motocicleta «Honda».

Cherto retiró el auricular de la orejita de Melanie y lo metió debajo de la almohada. Luego, dio un besito en la orejita de la pelirroja, y preguntó:

—¿Qué tienes que preguntarme?

—Pues…, pues yo quería preguntarte si…, si me amas tan locamente como yo a ti, Cherto…

—¡Muchísimo más, pelirroja! —dijo condescendiente el apuesto brasileño—. Te amo tan locamente, que si se enterase alguien, me meterían en un manicomio. ¿Qué es lo que quiere saber el señor Buonetti?

La pregunta la hizo Cherto iniciando un nuevo recorrido de besos por el rostro de la norteamericana, que cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, ofreciendo de lleno su blanca y delicada garganta.

—Quiere saber… cómo vas a llevar… la maleta… a Buenos Aires.

Cherto alzó la cabeza tras un beso que estremeció de pies a cabeza a Melanie, y frunció el ceño.

—Explícame mejor eso —pidió.

—El señor Buonetti dice que tenemos que llevar el dinero a Buenos Aires, y una vez allí llamar al número de teléfono que he anotado. Entonces nos dirán lo que tenemos que hacer y a quién debemos entregarle la maleta con el dinero.

—Bueno, pues dile al señor Buonetti que dentro de tres o cuatro días tendrá la maleta en Buenos Aires. Y que no se preocupe por

ella, pues llegará a su destino. El viaje lo vamos a hacer por mar, en una lancha de mi exclusiva propiedad, y veloz como un delfín. Ir por mar es cómodo y práctico, porque podemos detenernos en cualquier punto de la costa que nos convenga y proseguir el viaje de otro modo si fuese necesario.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que no me sorprendería nada que durante el viaje tuviésemos algunas dificultades. Pero esto no se lo menciones al señor Buonetti. Dile sencillamente que, como máximo, dentro de una semana la maleta llegará a manos de la persona que nos responda al teléfono al que llamaremos al llegar a Buenos Aires.

—¡Oh, Cherto —exclamó jubilosamente Melanie—, tú y yo vamos a hacer juntos un viaje por mar!

—¿Verdad que es delicioso? —sonrió Souza de oreja a oreja—. Bueno, pues díselo así al señor Buonetti. Y de paso pregúntale si es o no es un contrabandista de divisas.

—Prefiero no preguntarle eso, Cherto.

—Pues no se lo preguntes. Pero, por favor, concreta ya con ese argentino nuestro acuerdo.

Realmente, no hubo dificultad alguna. Armando Buonetti, indudablemente, no era ningún tonto, así que entre pagar el diez por ciento de seis millones y medio de dólares, que dijo que contenía exactamente la maleta, o quedarse sin un centavo, optó por lo primero.

Cuando Melanie colgó el auricular, Cherto tomó el teléfono, lo puso de nuevo en la mesita de noche, y dio un último beso a Melanie, ahora en la punta de la nariz.

—De acuerdo, pelo de panocha. Vístete rápidamente. Antes de que te des cuenta estarás navegando a toda velocidad hacia el Sur.

—Cherto —se quedó mirándole ella, con gesto estupefacto—, ¿tú y yo nos conocimos ayer?

—Pues sí —parpadeó el carioca—. Ayer por la tarde. Es decir, que en estos momentos debe hacer unas quince horas, según cálculo.

—Parece imposible que haga tan poco tiempo —exclamó ella, abrazándose a su cuello—, pero no importa que haga poco tiempo… ¿Y si lo celebrásemos?

—¿De qué modo? —preguntó José Alberto Souza.

—¡Oh, qué tonto eres! —rió Melanie.

* * *

—Bueno, mientras tú terminas de vestirte, yo voy a bajar la maleta al coche.

—¿Al coche? —se sorprendió Melanie.

—Sí. He pensado que para ir desde aquí al embarcadero donde tengo la lancha, es mejor utilizar el coche que la motocicleta. Por un lado, es posible que nos estén buscando, y una motocicleta…

—¿Que nos están buscando? ¿Quiénes?

—¿Quiénes han de ser? —refunfuñó Souza—. Los tipos del «Mercedes» azul, y quizá incluso Ramón y sus amigos…, si es que realmente salieron con vida de la situación. Así que vamos a utilizar el coche. Voy a poner la maleta y algunas cosas en el maletero, mientras tú terminas de arreglarte.

—Está bien.

José Alberto agarró la maleta y salió del dormitorio. Afuera, en el recibidor, tenía ya algunas otras cosas que había ido ya preparando mientras Melanie se duchaba después de celebrarlo.

Lo sacó todo del apartamento, llamó al ascensor que comunicaba directamente con el estacionamiento, y lo bajó todo.

Mientras tanto, en el apartamento, Melanie Wilkington terminó de vestirse, encendió un cigarrillo y fue a mirar por el gran ventanal del salón.

Desde allí veía la laguna Rodrigo de Freitas, y más al fondo, más azul, las aguas de la bahía de Guanabara.

—Debo estar soñando… —se dijo la muchacha—. Todo esto no puede estar sucediéndome a mí, a Melanie Wilkington.

Pero era cierto… Le estaba ocurriendo a ella. A ella, que estaba mirando el mar azul, el cielo azul, y todo ello refulgiendo al tibio sol invernal brasileño. Era algo tan nuevo, tan sorprendente para ella, que todavía no acababa de creerlo. Después de veinticuatro años de vida normal y tranquila, se había encontrado, de pronto, en brazos de un hombre que, evidentemente, llevaba una vida que no tenía nada de tranquila.

«Qué oportunamente apareció Cherto —se dijo Melanie—. Y con qué habilidad y seguridad resolvió la situación que tan peligrosa

parecía… Seguramente los hombres del "Mercedes" aquél, habrían acabado por matarme si él no llega a aparecer».

Tan sumida estaba Melanie en sus pensamientos que ni siquiera oyó el regreso de José Alberto Souza. Sólo captó su presencia cuando él se colocó tras ella y la abrazó fuertemente y la besó en la nuca.

Melanie respingó, se giró entre los brazos de él y se alzó para besarle los labios.

—Estaba pensando en que todo esto es demasiado sorprendente para mí.

—¿A qué te refieres? ¿Al amor?

—No —rió ella—. El amor no es sorprendente nunca, Cherto. Me refiero a todo esto que está sucediendo. Te aseguro que nunca en mi vida me había encontrado en una situación tan… emocionante como ésta.

—¿Emocionante? —Frunció el ceño Souza—. Bueno, quizá pienses de otro modo si, como me temo, esa gente nos está buscando y llega a localizarnos. Lo cual no me sorprendería demasiado.

—¿Por qué dices eso?

—Porque quizá tu jefe, el señor Buonetti, haya sido lo bastante tonto como para comunicar a alguien cómo están las cosas. Y considerando que ayer por la tarde ya quedó demostrado que alguien del bando del señor Buonetti informó a los del «Mercedes» de color azul, de la entrega del dinero en la avenida de la Princesa Isabel, es muy posible que ese mismo traidor vuelva a entrar en funciones y nosotros volvamos a estar en dificultades.

—Oh, no creo que el señor Buonetti comente esto con nadie.

—Esperemos que sea así —movió la cabeza Souza—. Bien, ¿nos vamos ya?

—Después de que me des otro beso —susurró Melanie.

José Alberto Souza y Saldanha era un hombre realmente generoso, así que obsequió a la pelirroja norteamericana con más de un beso. Lo suficiente para que ella comenzase a suspirar profundamente…

Entonces Cherto Souza hizo chascar dos dedos ante sus ojos, y cuando ella los abrió y le miró, él frunció cómicamente el ceño.

—¿Qué tal si nos tomarnos un descanso… y nos vamos ahora

mismo de aquí para emprender el viaje hacia Buenos Aires?

—Lo que tú digas —suspiró Melanie.

* * *

Habían salido de Río en la lancha de Cherto Souza. Esto había sido hacia el mediodía, después de que con el coche los dos llegaran al Club Caicaras, en la isla del mismo nombre, situado al otro lado de la laguna Rodrigo de Freitas. Souza tenía su lancha allí. En ocasiones la tenía delante mismo de donde vivía, en el embarcadero de la avenida de Borges Medeiros, pero últimamente la había dejado en el club, de modo que tuvieron que ir con el coche a buscarla. Tras dejar el coche en el mismo club abordaron la lancha, llevando Cherto la maleta del dinero y otra maleta en la que había puesto algunas cosas personales, y finalmente cruzaron el canal hasta salir a la playa de Ipanema. Desde allí iniciaron la singladura hacia el sur y sin grandes complicaciones, poco después, se encontraban navegando en el Océano Atlántico.

CAPÍTULO IV

Todo fue bien hasta llegar a Sao Paulo.

La lancha, navegando a una velocidad de casi cuarenta nudos, recorrió la distancia entre Río de Janeiro y Sao Paulo en poco más de seis horas. Es decir, que entre las seis y las siete de la tarde avistaban Sao Paulo.

—Todavía podemos seguir navegando con la reserva de combustible de que disponemos —dijo Cherto Souza a Melanie, que viajaba junto a él ante el volante de la lancha—. Lo mejor es que sigamos hasta Peruibe, e incluso hasta Iguape. Allí será más cómodo repostar que hacerlo en Sao Paulo.

Melanie Wilkington se limitó a asentir. Llevaba muchas horas de zumbido de motor en los oídos, y lo mismo le daba ya una cosa que otra. Por otra parte, a ella le importaba bien poco repostar en Sao Paulo, Peruibe, Iguape o donde fuese, con tal de seguir junto al hombre que había aparecido en su vida como un marciano.

Pocos minutos después de las siete habían dejado definitivamente atrás Sao Paulo y sus ciudades satélites.

El tiempo era bueno, la mar estaba suavemente rizada. Cerca de ellos, a su derecha, se veía la costa brasileña. Según los cálculos de Souza, no debían tardar más allá de un par de horas en llegar a Iguape, hasta donde le llegaría el combustible, según sus cálculos.

Pero ni siquiera habían llegado todavía a Peruibe cuando escucharon el rumor de un helicóptero.

La primera en verlo fue Melanie, que no debía atender a la marcha de la lancha. Lo localizó llegando detrás de ellos y como procedente de tierra firme. Tocó a Cherto en el brazo y luego señaló hacia donde llegaba el aparato.

José Alberto Souza volvió la cabeza, estuvo unos segundos

mirándole mientras el helicóptero se acercaba, y acabó frunciendo el ceño.

—Mucho me temo, pelo de panocha, que viene a por nosotros.

—¿Quieres decir que van a atacarnos?

—Bueno, eso ya es otra cosa. Atacamos, sí nos atacarán. Pero no de un modo definitivo, para hundimos. No olvides que esa gente sabe que nosotros llevamos seis millones y medio en dólares americanos.

—Entonces, ¿qué es lo que piensan hacer?

—Pronto lo sabremos.

—¡Nos están alcanzando! —Se inquietó la muchacha.

—Es lógico. La velocidad de ese aparato es casi el triple que la de la lancha. Por lo tanto, habrá que considerar la situación de un modo inteligente. Toma, ponte a los mandos. Sólo tienes que manejar el volante como si se tratase del de un automóvil. Pero al revés. Es decir, si quieres ir a la derecha, giras a la izquierda, y si quieres ir a la izquierda, giras a la derecha. ¿Comprendido?

—¡Oh, claro que sí, Cherto!

—Eres una chica muy lista.

José Alberto dio un breve besito a Melanie en la punta de la nariz, y se dirigió hacia la cabina-vivienda de su poderosa lancha. Salió a los pocos segundos empuñando un rifle «Winchester» de repetición. Con él en las manos, se quedó mirando al helicóptero, que estaba ya prácticamente encima de ellos. Tan encima, que segundos después, con toda facilidad, los rebasó volando hacia el sur, como queriendo precederles.

Y mientras el helicóptero pasaba muy bajo, Cherto pudo ver al piloto. Estaba gobernando el aparato y, al mismo tiempo, esto pudo verlo claramente el carioca, hablaba por la radio. No era en absoluto difícil comprender lo que estaba haciendo el piloto, y eso disgustó a Cherto Souza.

—Está hablando por radio con sus amigos de tierra firme, o que quizá nos están siguiendo por mar —gruñó—. Por tanto, van a saber todos muy pronto a qué altura estamos. Y eso no me gusta nada.

—Pero ¿qué podemos hacer? —Le miró Melanie.

—Voy a cazar patos salvajes. ¿Alguna vez has ido a cazar patos salvajes?

—No…, no.

—Pues fíjate bien cómo se hace.

Cherto alzó el rifle, acomodó la culata en el hombro, y bajó el rostro para situar su ojo derecho en la línea de mira. Estuvo apuntando apenas tres segundos. De ponto apretó el gatillo, y Melanie respingó ante el potente estampido del disparo, efectuado tan cerca de sus oídos.

A más de ciento cincuenta metros de distancia por delante de ellos, el helicóptero inició una serie de rarísimas maniobras. Primero, comenzó a caer rápidamente, como si fuese una piedra. Pero muy pronto pareció quedar suspendido en el aire, y entonces comenzó a girar como si la cabina del piloto fuese el centro de un círculo, y la cola del aparato el extremo de una cuerda que fuese girando alrededor del centro de la circunferencia. Luego el helicóptero, dando bandazos, pareció orientar su ruta hacia la costa. Y finalmente, después de describir unas cuantas vueltas más, como si estuviese haciendo la circunferencia anterior, el aparato se precipitó al agua.

Melaine miraba hacia allí con los ojos muy abiertos, mientras Cherto Souza no perdía de vista el helicóptero. Éste llegó al agua, y pareció que fuese a hundirse completamente, alzando una gran columna de blanca espuma. Pero, en cuanto ésta desapareció, el aparato quedó flotando con facilidad.

—Deja, yo gobernaré hacia allí —dijo Cherto—. Tú sostén el rifle.

Tomó los mandos y dirigió la lancha hacia donde flotaba el helicóptero. A corta distancia de allí paró el motor, volvió a colocar ante el volante a Melaine, y él tomó el rifle. Cuando estaba a unos cincuenta metros del aparato, ya casi parados los motores de la lancha, Cherto pudo ver al piloto que estaba colocándose un chaleco salvavidas. Ésta era una buena señal. Indicaba que el hombre no pensaba hacerle frente, seguramente porque había comprendido que no disponía de ningún arma adecuada para enfrentarse al certero rifle que lo había abatido.

—Ése es un tipo listo, pelirroja —dijo Cherto—. Podía haber seguido mal volando hacia la costa, a pesar de tener estropeado el rotor de cola. Pero ha comprendido que una vez allí podía estrellarse contra las rocas y, por lo tanto, ha decidido amerizar. Otro detalle que nos demuestra que es bastante listo es que ha

comprendido que soy un sujeto de mala uva y buena puntería, y que no le conviene enfrentarse a mí. Ya verás como viene muy mansito nadando hacia nosotros… A menos que prefiera ahogarse.

—No creo que prefiera ahogarse, Cherto —lo miró sonriendo Melanie—. Si quisiera eso, no se habría puesto el chaleco salvavidas.

—¡Atiza, tenemos aquí todo un cerebro pensante! —sonrió el carioca, acercándose para besar el pescuezo de la muchacha.

Efectivamente.

El piloto del helicóptero, comprendiendo que éste no podía mantenerse mucho a flote, había saltado ya al agua. Y comprendiendo, también, que era absurdo intentar alcanzar la costa, nadaba hacia la lancha.

Lo de alcanzar la costa quizá hubiera podido conseguirlo si el naufragio aéreo se hubiese realizado fortuitamente, sin tener cerca a ningún adversario. Pero suponer que Souza le iba a permitir nadar las tres o cuatro millas hasta la costa y escapar, era realmente absurdo.

El hombre llegó nadando junto a la lancha, y Cherto se asomó por la borda, asomando al mismo tiempo el rifle, con el que apuntó a la cabeza del hombre.

—¿Qué te parece? —le sonrió—. ¡Pero si es uno de mis amigos de Río! ¿Verdad que usted estaba ayer en la avenida de la Princesa Isabel, formando parte del grupito de un coche «Mercedes» de color azul, amiguito?

—Ayúdeme a subir —pidió el hombre.

—A subir, ¿adónde? ¿A mi lancha? Hombre, yo creía que estaba dando usted un paseíto y que solamente se había acercado para saludarnos y seguir su camino.

—¡Maldita sea su estampa! —gritó el sujeto—. ¡Ayúdeme a subir de una puta vez!

—Oye, pelirroja —se volvió Cherto hacia Melanie—, ¿a ti te gustan los tipos mal educados?

—No, Cherto —aseguró convencidísima Melanie.

—Bueno, pues entonces no voy a consentir que uno de ésos viaje con nosotros. ¿No te parece?

—Sí, Cherto.

—De acuerdo. Usted, amiguito, apártese de la lancha, porque

vamos a continuar nuestra ruta. Y le está bien empleado quedarse aquí, por grosero.

—¡No pueden dejarme aquí! —gritó el hombre—. ¡Casi no sé nadar!

—Pues haber aprendido, jovencito.

—¡Tiene que recogerme! —gritó aún más el hombre.

—No tengo que hacerlo —aclaró escrupulosamente Cherto Souza—. Pero lo voy a hacer, si promete ser bueno y no decir palabrotas.

El hombre lanzó un gruñido, y tendió ambas manos hacia el carioca. Este puso el rifle en las de Melanie, se inclinó sobre la borda, asió las manos del hombre, y con un fuerte y rápido tirón lo colocó en la cubierta de la lancha. Y acto seguido procedió a ayudarle a quitarse el chaleco salvavidas.

Cuando terminó, lo que hizo Cherto Souza no pareció precisamente de persona sociable. De pronto, golpeó con el puño derecho al recién rescatado náufrago en pleno estómago, con tal potencia que el hombre se dobló sobre sí mismo lanzando un berrido, y cayó de cara, encogido, sobre cubierta.

Souza ni siquiera miró a Melanie, que había lanzado un gritito de espanto. Se arrodilló junto al náufrago y lo registró rápidamente, asegurándose de que no llevaba arma alguna.

—¿Cómo te llamas? —preguntó secamente.

—Berg… Bergman —pudo jadear el hombre—. Bergman.

—De acuerdo, amigo Bergman. Estate aquí quietecito si no quieres saber realmente la clase de mala uva que gasto yo con los tipos como tú.

Souza se irguió, recuperó el rifle de manos de Melanie, y volvió a apuntar hacia el helicóptero. Tuvo que disparar dos veces antes de que acertase en el sitio adecuado para que el combustible se incendiase. En un instante, el aparato quedó envuelto en una gran llamarada, que lanzó una dispersa nube de humo negro. Pero, tal como era el propósito de Cherto Souza, el aparato se mantuvo a flote sólo cuatro o cinco minutos más. Cuando ya hubo desaparecido bajo las aguas, el carioca, que no había perdido de vista a Bergman, el cual continuaba caído sobre cubierta, lo señaló con el rifle.

—Camina hacia la cabina, muchacho. Y piensa bien cualquier

idea genial antes de ponerla en práctica. ¿Me has comprendido?

Entraron los tres en la cabina de la lancha. Allí, aparte de una diminuta cocina y un sofá que de noche se convertía en cama, había otras dos literas plegables, y encima del sofá-cama una pequeña librería atestada de libros y revistas. Por los lados, los pequeños portillos circulares permitían ver el azul del cielo.

—Túmbate boca abajo en el sofá —señaló Cherto Souza.

Bergman obedeció sin rechistar. Y tampoco rechistó cuando, tras colocarle las manos a la espalda, el carioca se las ató con unos fuertes cordeles que sacó de un cajón, lleno de herramientas, que había precisamente debajo del sofá-cama.

Ya atado de pies y manos Bergman, y teóricamente convertido en sujeto no peligroso, Cherto lo sentó en el sofá y se sentó a su lado.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —preguntó.

—¡Buscando! —refunfuñó Bergman.

—Si vuelves a darme una respuesta como ésa te voy a atizar tal guantazo que vas a tragarte todas las muelas. ¿Me explico bien, amigo Bergman?

—Sí —farfulló éste.

—Muy bien. ¿Cómo nos habéis encontrado?

—Pensamos que después de hacer lo que hizo, usted querría escapar de Río de Janeiro, y entonces nos hemos dedicado a buscarle. Yo fui el elegido para buscarle con el helicóptero por mar. Y por desgracia, he sido quien le ha encontrado.

—Tienes una manera muy concreta de expresarte —sonrió Souza—. En efecto, no se puede decir que hoy sea tu día de suerte. Pero tampoco hay que tomárselo por lo trágico. O sea, que yo debo ser buen chico y creerme que, para encontrarme, sencillamente habéis salido por ahí a dar un paseo, y, a cuatrocientos kilómetros de Río de Janeiro, me habéis visto. ¿Así de fácil Bergman?

—Ya se lo he dicho. Puede que haya sido casualidad, pero en algún sitio tenía que estar usted, ¿no es así?

José Alberto pareció meditar sobre esta respuesta de Bergman. Acabó por asentir con la cabeza, ya que tal respuesta era en verdad razonable.

—Sí. En algún sitio tenía que estar yo, desde luego. ¿Dónde están tus amigos, ahora?

—No sé a qué distancia están de nosotros, porque usted me derribó cuando estaba diciéndoles que le había visto navegando hacia el sur. Pero ellos están también navegando hacia aquí en una lancha.

—Ya supongo que no navegan en un zapato —alzó las cejas Souza.

—Pero podían hacerlo en un yate, ¿no? —Gruñó Bergman.

—Cierto. Pero sería de estúpidos querer alcanzar con un yate una lancha como la mía. Está bien, vas a tener el privilegio de seguir navegando con nosotros. Pero no a cambio de nada, querido. ¿Qué significó exactamente lo de ayer tarde?

—¿A qué se refiere?

—Me refiero al hecho de que estuvieseis tan oportunamente en la avenida de la Princesa Isabel. Oportunamente, para intentar apoderaros de seis millones y medio de dólares, quiero decir. ¿O no sabíais que la maleta que llevaba la pelirroja contenía esa cantidad?

—Yo no sé nada —farfulló Bergman—. A mí me dijeron que teníamos que apoderarnos de la maleta, y eso fue todo.

—¿Y quién te lo dijo?

—Miranda.

—¿Y quién es Miranda?

—Miranda es uno de los que estaba ayer también en el coche «Mercedes». Es el jefe de nuestro grupo, y el que se entiende con la persona que nos contrató.

—¡Ah…! O sea, que os contrató una persona que le dijo a Miranda que la pelirroja estaría ayer por la tarde en la avenida de la Princesa Isabel de Río de Janeiro, con una maleta cargada con seis millones y medio de dólares. ¿Es así, Bergman?

—Sí… Supongo que así son las cosas, aunque yo no me he interesado tanto como usted por puntualizarlas.

—Es que yo soy muy escrupuloso. Vamos a ver… Según entiendo, tu grupo de cuatro está compuesto por ti, que te llamas Bergman; tu jefe, que se llama Miranda, y otros dos. ¿Cómo se llaman esos otros tipos?

—Josefino y Stanley.

—¿Josefino? —sonrió Souza de oreja a oreja—. Supongo que

quieres decir José.

—No. Nosotros lo llamamos Josefino. Y no me pregunte por qué, ya que eso es capaz de comprenderlo cualquiera.

—¿Qué te parece? —exclamó Souza, mirando divertidísimo a Melanie—. Tenemos tras nuestros pasos a todo un mariquita.

Melanie, que parecía no saber qué hacer, soltó una carcajada. A Souza le gustó esto tanto, le pareció tan linda la pelirroja, que la asió por las mejillas, la acercó a él y la besó en los labios.

Luego, miró con expresión de pitorreo a Bergman.

—Me apuesto algo a que Josefino no tendría envidia de mí. Pero tú sí. ¿Verdad, Bergman?

La verdad era que Bergman no estaba para bromas. Todo lo que hizo fue soltar un gruñido y desviar la mirada. Cherto dio una palmada en una cadera a Melanie.

—Bueno, vamos afuera. Tenemos que proseguir nuestro viaje.

—¿Lo vamos a dejar aquí dentro, Cherto?

—Desde luego. Y no te preocupes por él. Está tan bien atado, que para soltar los brazos tendría que cortarse las manos con los cordeles que he utilizado.

—Pero… ¿para qué queremos a este hombre?

—Bueno, podemos hacer dos cosas con él. Una, tirarlo al mar y que se ahogue. Y la otra, es retenerlo con nosotros y llevarlo hacia Buenos Aires. ¿Cuál de las dos cosas te parece más razonable?

—Pu… pues… llevarlo con nosotros, claro. No podemos tirarlo al mar para que se ahogue, Cherto.

—Eso he pensado yo. Pero no creas que lo vamos a conservar porque yo tenga buen corazón, sino porque si pasase cualquier cosa y nos quedásemos sin víveres, siempre podríamos comer carne de cerdo fresca. Vamos a cubierta.

Poco después, de nuevo navegando hacia el sur y acercándose rápidamente a Iguape, Melanie, que había permanecido muy pensativa junto a Souza, preguntó de pronto:

—¿De verdad serías capaz de comer carne humana?

Cherto le dirigió una breve mirada, sonrió de aquel modo característico que parecía estirar su boca hasta el punto de que las comisuras llegaban a las orejas, y movió la cabeza en sentido afirmativo.

—De verdad. Pero no te preocupes, porque siempre voy provisto

de un purgante por si algo se me indigesta.

Melanie lo miró con los ojos muy abiertos, aterrada. Pero de pronto, finalmente, comprendió que se las estaba viendo con un sujeto bien provisto de buen humor, y soltó una carcajada y se abrazó a la cintura de José Alberto Souza.

Mientras tanto, éste se dedicó de nuevo a las reflexiones que la muchacha había interrumpido. La explicación de Bergman de cómo los había localizado, le parecía por completo absurda. Podía admitirse, ciertamente, que la casualidad lo hubiese puesto en su camino, pero la casualidad es una dama de la que Cherto Souza había aprendido a desconfiar hacía ya mucho tiempo.

De donde se desprendía que para partir en su persecución de un modo tan decidido, Bergman y los otros debían saber algo en concreto. Quizá tan sólo que el dinero estaba destinado a viajar hacia Buenos Aires, y entonces habían querido intentar de nuevo interceptarlo. Pero, de un modo u otro, Cherto Souza se dijo que no debía descuidarse, ni confiar en nadie.

Sin duda alguna, había muchas personas que sentían un lógico deseo de entrar en posesión de seis millones de dólares… fuese como fuese.

Muy poco después, apareció por fin Iguape.

Souza condujo la lancha hacia allí, y no tardó en localizar el embarcadero. Poco después, dejaba la lancha amarrada, y tras situar a Melanie, con el rifle en las manos, en la cabina y vigilando a Bergman, se ocupó de conseguir combustible.

Algo más de media hora más tarde, lo había arreglado todo y estaban dispuestos a proseguir la marcha hacia el sur. Desde Iguape, Cherto Souza calculó que podrían navegar sin tener que volver a repostar, por lo menos hasta Laguna o Tubaráo. Y posiblemente consiguiera llegar hasta Araranigua.

Siempre, lo mejor era ir repostando en lugares pequeños, dejando atrás las ciudades más importantes, como en este caso sería Florianópolis. En los lugares de poca aglomeración humana siempre es todo más fácil de llevar a cabo.

—¿Cómo se ha portado nuestro invitado? —preguntó al entrar en la cabina de la lancha.

—Bien.

—Eso prueba que es un buen chico. ¿Tienes hambre?

—Sí —asintió la joven—. La verdad es que tengo apetito, Cherto.

—Muy bien. ¿Cuál brazo quieres, el derecho o el izquierdo?

Bergman respingó, y Melanie se echó a reír de nuevo. Luego tomó la bolsa que había traído Cherto con comida y comenzó a sacar ésta. Miró desconcertada a Bergman, y luego a Souza, el cual movió negativamente la cabeza.

—Por el momento, come tú. Yo voy a navegar hasta que sea de noche. Entonces, nos esconderemos en cualquier caleta y Bergman y yo comeremos algo. Pero quiero estar lejos de lugares habitados, para cuando sea de noche.

—¿Por qué, Cherto?

—Yo me entiendo y bailo solo. Y no me entretengas más, pues tenemos que largarnos de aquí cuanto antes.

Salió a cubierta, puso la lancha en marcha, y un minuto después se alejaba ya a buena velocidad del embarcadero de Iguape.

Demasiado tarde.

Lo comprendió cuando, apenas comenzó a aumentar la velocidad, vio otra lancha que partía tras él.

Una lancha que, como mínimo, debía ser tan veloz como la suya. Y a bordo de la cual, José Alberto Souza no tuvo gran dificultad en imaginarse al tal Miranda y a los tipos llamados Stanley y Josefino. Seguramente, habían estado haciendo preguntas en Iguape, después de llegar mientras él se ocupaba de conseguir los víveres. Y al ver partir su lancha, habían decidido que valía la pena seguirlo.

Una cosa era cierta. La lancha que iba tras ellos desde luego era tan poderosa que muy pronto Cherto comprendió que le iban a dar alcance.

Pero no era eso lo peor.

Lo peor era que, tras una persecución de pocos minutos que dejó las cosas en claro y durante la cual se alejaron de la costa de Iguape, hacia el sur, los de la otra lancha hicieron una pequeña demostración de fuerza.

Una demostración de fuerza que Cherto ya había conocido la tarde anterior en Río. Desde la lancha perseguidora le dispararon… Y por delante de él y a estribor, se alzó una enorme tromba de agua, con terrible crujido. Cuando pasó, el agua estaba cayendo, y, empujada por el suave viento, lo empapó completamente.

—Tienen un fusil lanzagranadas… —masculló el carioca.

Movió el volante de la lancha y lanzó ésta hacia la costa. Si conseguía llegar allí y desembarcar, podían irse Melanie y él tierra adentro, con lo que el tal Miranda se las vería muy difíciles para encontrarlos. En cambio, si se quedaban en la lancha, era seguro que de un momento a otro iba a saltar en pedazos.

Dio toda la velocidad posible a su embarcación, y, quizá pillando por sorpresa a los de la lancha perseguidora, consiguió momentáneamente una pequeña ventaja. Ventaja que no duró demasiado, desde luego, ya que los otros se pusieron a la altura de las circunstancias y también aumentaron la velocidad.

Y volvieron a disparar.

Esta vez la granada dio a babor y también por delante de la lancha que conducía José Alberto. Y éste comprendió que el tal Miranda no tenía la menor intención de hundirlo. Lo cual tenía que haber comprendido desde el principio. Hundirlo a él sería lo mismo que perder de vista para siempre los seis millones y medio de dólares.

—Bueno —masculló Souza—. Puesto que sé que no vas a disparar a dar, vamos ahora a darnos un paseíto por tierra firme, amigo Miranda.

No era una decisión absurda, ni mucho menos. La persecución no podía durar indefinidamente, ya que Miranda podía llegar a un extremo de irritación peligroso. Y por otra parte, lo seguro era que con la lancha jamás podría escapar a la persecución. En cambio, en tierra firme las oportunidades podían ser más numerosas.

Finalmente, Souza se dignó mirar a Melanie, que por supuesto había salido a cubierta al oír los estampidos de las granadas, disparadas desde la otra lancha.

—Vuelve adentro y agarra la maleta que está escondida debajo del sofá-cama donde está sentado Bergman —dijo José Alberto—. Y date prisa, porque antes de dos minutos vamos a tener que saltar a tierra y escapar corriendo hacia el interior.

Melanie Wilkington obedeció. Y, efectivamente, poco después de dos minutos más tarde, metió la lancha entre unos salientes rocosos que amilanaron lo suficiente a Miranda y sus hombres para dar a

Souza una pequeña ventaja que se dispuso a aprovechar.

Su lancha quedó, finalmente, varada en la arena de una pequeña playa. Sólo entonces comprendió José Alberto que estaban en isla Comprida y que, en definitiva, acababa de desembarcar en lo que para él sólo era una gigantesca trampa.

De la cual, ciertamente, no podría escapar.

Pero, decidido a intentarlo de todas formas, saltó a tierra cargando con la maleta en una mano y haciendo señas a Melanie para que saltase tras él. La muchacha lo hizo, sosteniendo el rifle, pero con la fuerza de la caída el arma escapó de sus manos y cayó al agua.

José Alberto lanzó una maldición, y tras tirar hacia la playa la maleta, se inclinó a coger el rifle. Cuando se irguió con él en las manos, chorreante, Melanie lo miraba con los ojos casi fuera de las órbitas.

—Lo… lo siento, Cherto.

—Corramos hacia el interior —dijo éste.

Pero apenas dieron unos cuantos pasos cuando, por detrás de ellos, volvió a oírse el estampido del disparo efectuado por el fusil lanzagranadas.

Esta vez la granada impactó por detrás de ellos, en la arena, y lanzó una nube de ésta, tan violenta, que José Alberto y Melanie tuvieron la impresión de que acababan de acribillarlos por detrás con millones de diminutas balas, que los derribaron de bruces al suelo.

Con aquella impresión en su espalda, José Alberto Souza consiguió ponerse en pie y, dando trompicones, llegó junto a Melanie, a la que ayudó. Olvidado del rifle, que había saltado lejos de su alcance, el carioca agarró la maleta y señaló hacia el interior, tirando de la muchacha.

La otra lancha, mientras tanto, llegó también a la playa, y quedó con la quilla hundida en la arena.

Estaban alcanzando la relativa seguridad de unos matorrales cuando por detrás de ellos les llegó la voz:

—¡Deténganse, o disparo a matar esta vez!

José Alberto Souza no se detuvo. Por el contrario, aumentó la velocidad de su carrera, siempre cargando con la maleta y tirando de Melanie, cuyas fuerzas, indudablemente, no podían compararse

con las de él.

Ya entre los matorrales, oyeron de nuevo otro estampido, y muy cerca de ellos, la granada causó estragos entre la vegetación, lanzándola triturada hacia todos lados. José Alberto no se dio por vencido todavía, y continuó corriendo.

Hasta que, junto a él, Melanie cayó de rodillas y se dejó caer de bruces. Estaba sin resuello, y el carioca comprendió que hacerla continuar corriendo no tenía objeto. Ni podrían conseguirlo, ni tenían ningún sitio verdaderamente interesante al que ir.

Fuesen adonde fuesen, seguirían estando en una isla.

En una isla, cargados con una maleta, desarmados…, y llevando tras ellos tres hombres que, como mínimo, disponían de un fusil lanzagranadas.

CAPÍTULO V

Ya había anochecido cuando, escondidos entre los matorrales, José Alberto y Melanie oyeron el rumor del grupo de hombres buscándolos. Los iban cercando inexorablemente. Y por los comentarios que cambiaban entre ellos comprendieron que Bergman había sido liberado de sus ataduras, naturalmente, y que ahora formaba parte de la partida de caza.

Y si los cuatro hombres formaban parte de la partida de caza…, ¿quién se había quedado en la playa vigilando las lanchas?

Evidentemente, nadie. Y Souza decidió sacar partido de esta circunstancia.

Se acercó más a Melanie en su escondrijo entre las matas, y le susurró al oído:

—Vamos a intentar llegar a las lanchas sin ser vistos. Si conseguimos llegar a ellas, quizá pueda estropear la de esa gente y logremos escapar hacia el sur.

Melanie se limitó a asentir con la cabeza. Inmediatamente, los dos empezaron a deslizarse con el mayor sigilo posible por entre los matorrales, en dirección a la playa. De pronto, alrededor de ellos ya no oían nada. La oscuridad iba llegando, y, como único sonido, el del rumor del mar, tan cercano.

José Alberto Souza no tuvo tiempo de comprender y, por tanto, prevenir la trampa.

Cuando, después de arrastrarse sigilosamente hacia la playa, llegaron al límite de la vegetación y aparecieron a terreno descubierto dispuestos a echar a correr hacia las lanchas, los cuatro hombres aparecieron de pronto, rodeándolos. Uno de ellos, de baja estatura y hombros anchísimos, que empuñaba un fusil en cuyo extremo se veía una granada en forma de piña, dio un par de pasos

más hacia ellos, y enseñó unos dientes grandotes y muy blancos, en cordial sonrisa.

—¿Lo veis, muchachos? —exclamó—. El señor Souza no es tan listo como parece.

Melanie se volvió a mirar a Souza, aterrada. Pero el carioca, todo lo que hizo fue dejar caer la maleta y ayudar a la muchacha a incorporarse. Luego, encogió los hombros, y después de contemplar atentamente al fornido Miranda, paseó la mirada por los otros tres hombres, cada uno de los cuales le apuntaba con una pistola. Al reconocer a uno de ellos, Souza sonrió y agitó con gesto afectuoso una mano.

—¿Qué tal, Bergman?

Bergman no contestó.

Se acercó a ellos, y sin más explicaciones, de pronto, lanzó un tremendo puntapié, que acertó en el vientre a Souza. Éste cayó encogido sobre sí mismo, sin emitir un solo gemido. Quedó tendido con la cara hundida en la arena. Y en esta postura estaba cuando Bergman todavía desahogó un poco más la rabia que sentía hacia el carioca, aplicándole otro puntapié, ahora en el hígado.

José Alberto giró y quedó tendido en la arena, cara al cielo rojizo del ocaso. Melanie gimió, y se dejó caer de rodillas junto a él, en el momento en que Bergman todavía se disponía a seguir vengándose.

—¡Déjalo ya! —ordenó Miranda—. Lo importante es la maleta. Y creo que nadie puede dudar de que ya sea nuestra, ¿verdad? Tú, Josefino, tráela aquí. Vamos a abrirla y a contemplar el maravilloso espectáculo de seis millones y medio de dólares.

—¡Ay, sí! —dijo uno de los sujetos que empuñaba pistola—. Yo quiero ver esa hermosísima cantidad de dinerito precioso.

El tal Josefino, que era un sujeto de poco más de veinticinco años, alto y muy espigado, se hizo con la maleta y la arrastró por la arena hasta dejarla a los pies de Miranda. Melanie, que seguía abrazando a José Alberto Souza, miraba asustada a los cuatro hombres, que por el momento no parecían concederles demasiada importancia.

—Tiene tres cierres muy fuertes… —dijo Josefino—. ¿Cómo la vamos a abrir, Miranda?

—Algún medio habrá —dijo éste—. Aunque lo más probable es

que el señor Souza tenga la solución más sencilla de todas. Seguramente, las llaves.

—Voy a registrarlo —dijo Josefino.

—De acuerdo… —aceptó Miranda—. Pero no te pases, ¿eh?

Stanley y Bergman soltaron una risita. Josefino se acercó, y se arrodilló junto a José Alberto, frente a frente con Melanie, que estaba al otro lado.

—¡Qué hombre tan hermoso, chica! —exclamó Josefino—. ¿Me permites que le ponga las manitas encima?

—No tiene llaves… —tartamudeó Melanie—. Nosotros no tenemos las llaves de esta maleta. Cherto tuvo que abrirla con una ganzúa o unos hierros, no sé.

—Bueno, pues quizá lleve la ganzúa en el bolsillo —dijo Josefino.

—No… Estoy segura de que no la lleva.

—Apuesto algo a que Josefino se pasa —rió Stanley.

Pasándose o no, Josefino buscó en los bolsillos del pantalón de Cherto Souza. Pero, desde luego, no encontró en ellos nada que pudiera servir para abrir los cierres de la maleta. Miranda estaba mientras tanto examinando los cierres, y cuando Josefino le indicó que Souza no llevaba llaves ni ganzúa, meditó unos instantes y por fin gruñó:

—Bueno, pues la abriremos a balazos.

Entonces, la voz de Cherto Souza los sorprendió a todos:

—Dispara contra esa maleta, Miranda, y volaremos los seis en pedazos rodeados de fragmentos de billetes norteamericanos.

Miranda se acercó a él y se quedó mirándolo.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que si esa maleta es abierta violentamente, o de un modo diferente a como yo la tengo preparada, explotará. Y cuando menos, le aseguro que no quedará ni rastro de todo lo que esté a menos de dos metros de distancia.

—¡El muy puerco! —Se acercó Bergman—. Este tipo me está jorobando ya demasiado.

—Tranquilízate —dijo Miranda sin mirarle—. A fin de cuentas, tenemos aquí al señor Souza, que va a abrirnos la maleta de muy buena gana. ¿Verdad, señor Souza?

—Mentira, señor Miranda —sonrió Cherto.

Bergman lanzó un rugido, y se acercó más, dispuesto a utilizar de nuevo sus pies contra José Alberto. Pero de nuevo Miranda lo atajó con un gesto. Se acuclilló junto a José Alberto, y puso el fusil lanzagranadas de modo que la punta de ésta quedó tocando la punta de la nariz del carioca.

—Apuesto —dijo sonriendo Miranda— a que después de pensarlo detenidamente, usted va a decidirse a abrirnos la maleta. ¿Verdad que sí?

—No. Y es absurdo que me amenace, Miranda. Si alguien que no sea yo abre la maleta, seis millones y medio de dólares quedarán convertidos en cenizas. Piénselo bien.

—Déjamelo a mí —insistió de nuevo Bergman—. Verás cómo con un pequeño tratamiento que yo conozco…

—Te he dicho que te estés quieto, Bergman —pareció rebuznar Miranda—. No molestes más. La conversación va a ser solamente con el señor Souza, que espero sea lo bastante inteligente para comprender que está en serias dificultades. Y no digamos nada la linda señorita que le acompaña.

—Supongo —lo miró sorprendido José Alberto— que Melanie está en las mismas circunstancias de peligro que yo, ¿no?

—Ni mucho menos, señor Souza —dijo amabilísimamente Miranda—. Es decir, usted está en unas determinadas condiciones de peligro con respecto a Josefino, por ejemplo. En cambio, en ese mismo aspecto, su amiguita está en peligro con respecto a Stanley, Bergman y yo mismo. No sé si me comprende. Tres hombres y una hermosa mujer. ¿Verdad que sí me comprende, señor Souza?

Incluso Melanie lo había comprendido, por supuesto. Muy pálida, miró a Cherto, que también había palidecido ligeramente. Pero el carioca acabó por mover la cabeza con gesto negativo.

—Es inútil que nos amenace, Miranda. Yo sé que por encima de todo a usted y a su jefe les interesa el dinero que contiene la maleta. Pues bien, salvo que acepten mis condiciones, ese dinero no lo tendrán jamás, por mucho que nos hagan a Melanie y a mí.

Miranda se quedó mirándolo fijamente, y acabó moviendo la cabeza con un gesto que quería ser simpático.

—Es usted todo un cabezota, señor Souza. Pero, en fin, no perdemos nada escuchando esas… condiciones. ¿Cuáles son?

—Tengo algo que proponerle al jefe de ustedes, y quiero hacerlo

directamente. Nada de intermediarios.

—Eso no va a ser posible, señor Souza. Nuestro jefe está bastante lejos de aquí.

—Lo sé… Pero pueden llamarlo por la radio de la lancha y decirle que José Alberto Souza quiere hacerle una proposición personal que le interesará… Eso, aparte de permitirle recuperar los seis millones y medio de dólares, naturalmente.

—Entiendo que está usted siendo tan amable y generoso con el fin de seguir conservando su vida y la de la señorita, naturalmente.

—Naturalmente —asintió Cherto—. De otro modo no tendría porque ser amable y generoso con tipos como ustedes.

—Bueno, no vamos a discutir —dijo Miranda—. Lo que sí le aseguro es que con la radio de nuestra lancha, y supongo que con la de la suya pasará lo mismo; no es posible alcanzar a comunicarse con nuestro jefe.

—Debe haber algún medio de hacerlo, supongo —replicó Souza.

—Desde luego que sí —asintió Miranda—. Simplemente, vamos a emprender el regreso. Pararemos en Iguape, y desde allí yo me encargaré de comunicarme con él y ponerle al corriente de sus pretensiones.

—Me parece bien —aceptó Souza.

—Yo creo —se adelantó de nuevo Bergman— que es mentira eso de la carga explosiva en la maleta, Miranda.

—Y yo creo —lo miró furiosamente Miranda— que tienes que cerrar esa puerca bocota de una jodida vez. ¿Está claro?

—¡No sé por qué tenéis que ser tan ordinarios! —exclamó Josefino.

—Eso es precisamente lo que estaba pensando yo. —Lo miró sonriente Cherto Souza, guiñándole un ojo—. No se puede tratar con gente tan basta. ¿Verdad, Josefino?

—¡Ay, no! Cuando se ponen a hablar de esta manera y a decir ordinarieces…

—Si no cierras la boca tú también, so marica, te voy a hacer comer todos los dientes —masculló Bergman, acercándose—. De modo que aquí, o se calla todo el mundo, o se va a armar una buena.

—Todo el mundo menos yo —dijo Miranda—. Tú, Bergman, ve a la lancha del señor Souza y navega detrás de nosotros hacia

Iguape. Vosotros no me perdáis de vista a estos dos pimpollos mientras los llevamos a nuestra lancha. Vamos a ver qué es lo que dice el jefe a la extraña oferta del señor Souza.

—Yo creo también que es mentira lo de que la maleta vaya a explotar —dijo Stanley—. Estoy de acuerdo con Bergman, Miranda.

—Bueno… En el fondo yo estoy de acuerdo con vosotros —aceptó de mala gana Miranda—. Pero no estoy dispuesto a correr el menor riesgo con seis millones y medio de dólares. Por lo tanto, haced lo que os he dicho.

Tan sólo cinco minutos más tarde, las dos lanchas estaban navegando de regreso a Iguape. En la primera de ellas, José Alberto Souza y Melanie Wilkington, sentados en una litera que había sido bajada, contemplaban a Miranda y Josefino, que estaban sentados delante de ellos. A los mandos de la lancha iba Stanley. Y gobernando la otra, la de Souza, iba Bergman, que estaba mejor solo, consumiendo su pésimo humor.

—Feo asunto el de esta maleta, ¿verdad? —comentó amablemente Souza, como si estuviesen en una reunión de amigos—. Desde ayer, no hace más que traemos complicaciones a todos. ¿Cómo terminó el asunto en Río?

—Pues terminó que usted pudo escaparse con la maleta… ¿Acaso no lo recuerda ya, señor Souza?

—Sí. Lo que pregunto es cómo terminaron las cosas después de que ustedes y los otros se enfrentaron a bombazo limpio.

—Bueno —sonrió Miranda—, hicimos lo que sin duda alguna era más razonable: escapamos todos a toda prisa y como pudimos antes de que llegase la policía a pedirnos explicaciones.

—Bien hecho —aprobó Souza.

Miranda entornó los ojos y ladeó la cabeza. Estuvo unos segundos contemplando en esta postura, y muy atentamente, al carioca.

—Usted es un tipo muy desenvuelto, señor Souza. ¿A qué se dedica?

—¿Yo? —se sorprendió Cherto—. ¿A qué demonios voy a dedicarme? ¡A vivir!

—Sí, eso es evidente…, por ahora. Pero su modo de vivir parece un tanto alocado, como indiferente. Se lo toma todo más bien a cachondeo, a mi juicio. Y eso sólo pueden hacerlo personas con

determinada… categoría.

—¡Ah, eso sí! —sonrió Cherto—. Yo tengo mucha categoría.

—Y es muy guapo —dijo Josefino.

—Gracias, bella flor —le miró sonriente Cherto.

Miranda amplió aún más su sonrisa.

—¿Se da cuenta? Eso es lo que estoy diciendo precisamente, señor Souza. Usted sabe afrontar las situaciones con un estilo que desde luego no todas las personas tienen. ¿Cuál es su profesión? Para hacer la pregunta de un modo más concreto que antes…

—¿Y para qué demonios quiero yo una profesión? —refunfuñó Cherto—. Todo lo que necesito es dinero. Y ése lo voy consiguiendo de mil maneras. Un día tengo una aventurilla aquí, otro día tengo un negociejo allá, otro día encuentro determinada ocasión, como ésta en la que creí que iba a embolsarme seis millones y medio de dólares… Y así, voy tirando y viviendo, sin estar atado a nada, ni complicarme demasiado la vida.

—Pues yo creo que en esta ocasión se la ha complicado usted, y bastante, señor Souza —dijo, siempre amable, Miranda—. ¿No está de acuerdo?

—A decir verdad —dijo aburridamente Cherto—, no tengo grandes ganas de discutir, Miranda. ¿Y usted?

—La verdad sea dicha, tampoco.

Miranda volvió sus oscuros ojos hacia Melanie, que iba mirando de uno a otro como si estuviese asistiendo a un gran espectáculo.

—¿Y usted, señorita? ¿Qué me dice de usted?

—¿De mí? —Abrió aún más los ojos la muchacha.

—Pues sí. No creo que haya aquí, en esta lancha, otra señorita.

—Eso es discutible —intervino desganadamente Cherto—. Se está usted olvidando de Josefino, Miranda.

El brasileño Miranda no tuvo más remedio que soltar una carcajada, mientras Melanie miraba aterrada a Souza y luego a Josefino, posiblemente esperando alguna terrible reacción por parte del afeminado. Reacción que, por supuesto, no se produjo. Todo lo contrario, Josefino miraba con expresión poco menos que de adoración al carioca Cherto Souza.

—Tiene usted chispa, de veras —exclamó Miranda—. Pero, vamos a seguir la conversación con la señorita. ¿De dónde ha salido usted y a qué se dedica, señorita?

—¡Yo! —exclamó Melanie.

—Bueno, no vamos a repetir el juego, ¿verdad? —sonrió Miranda—. Aunque no habla mal el brasileño, desde luego se nota que es usted norteamericana. ¿Qué estaba haciendo usted en Río?

—Bueno… Yo estaba trabajando para el señor Buonetti en su tienda de objetos de arte.

—Ya. ¿Conocía usted desde hace mucho tiempo al señor Souza?

—¿A Cherto? —se sorprendió Melanie—. Claro que no. Lo conocí precisamente ayer, cuando todos ustedes vinieron a pelearse por la maleta.

—¿Está hablando en serio? —Ladeó la cabeza y entornó los ojos Miranda, con su gesto característico—. ¿Me está usted diciendo que conoció por primera vez al señor Souza ayer por la tarde?

—Así es.

—Pues en veinticuatro horas, yo diría que se han hecho ustedes muy amigos, señorita.

—¡Uy! —Agitó una mano en el aire Souza—. ¡Si yo le contara, amigo Miranda…!

—¡Cherto! —exclamó Melanie, enrojeciendo.

—Mujer, pero si no le voy a contar nada. Eres tú quien tienes que contarle. Pero no a Miranda, que a fin de cuentas todo lo que quiere saber es si tú y yo estábamos en combinación, sino a mí mismo. Cuéntame, por ejemplo…

—¿En combinación? —le interrumpió Melanie—. ¿Qué quieres decir, Cherto?

—¿No te has dado cuenta? —Alzó las cejas el carioca—. En realidad, a Miranda le importa bien poco tu vida. Lo que él quiere saber es si realmente tú y yo no nos conocíamos antes de todo el tinglado organizado ayer con la maleta en la avenida de la Princesa Isabel. En definitiva, hay alguien que cree que mientras unas personas preparaban determinada acción para apoderarse de la maleta, tú y yo, por nuestra parte, hacíamos lo propio. Lo cual significaría que habías estado engañando al señor Buonetti, que me conocías a mí hace tiempo, que los dos somos unos aventureros de categoría y que, desde un principio, lo planeamos todo. ¿No es eso, Miranda?

—Pues sí —asintió Miranda—. Efectivamente, señor Souza, por ahí iban mis tiros.

—Pues apunte para otro lado, so piraña —gruñó Cherto—. Si Melanie le dice que no nos conocíamos, es que no nos conocíamos.

—Bueno, pero no tengo por qué creer lo que dice la señorita, ¿verdad?

—Continúe por ese camino y le romperé todos los dientes. Nadie va a decirle a mi pelirroja que es una embustera. Y si alguien se lo dice, que sea con verdadera causa. Por ejemplo, pelo de panocha, aunque ya sabemos que el amigo Miranda es un gran estratega, que recurre a inteligentísimos rodeos para enterarse de las cosas que le interesan, y que no es tu vida lo que precisamente le interesa, a mí sí me interesa. Por lo tanto, cuéntame cosas. ¿De dónde viniste y qué estabas haciendo realmente en Río?

—Bueno… —se desconcertó la muchacha—. Yo nací en Baltimore, estado de Maryland, en Estados Unidos de América. Y no sé realmente qué más decirte, Cherto.

—Mujer, cosas de tu vida… Qué hiciste cuando te cayó el primer diente, cuántos novios tuviste, si fuiste a la Universidad… Cosas así.

—¡Ah, sí!; estuve en la Universidad. Pero antes… Bueno, ¿de verdad te interesa saber todo eso de mis dientes?

—Vamos a pasarlo por alto —se resignó Souza—. Pero cuéntame otras cosas.

—Pues… Supongo que fui una niña normal. Decían que muy linda. Desde luego, muy pecosa…, mucho más que ahora. Y claro está que perdí los dientes y me volvieron a salir, como a todo el mundo.

—¿A todo el mundo? No sé, no sé —reflexionó muy dubitativo Souza—. ¿A ti también te cayeron los dientes y te volvieron a salir, Josefino, lindo?

—Pues sí —sonrió Josefino—. Pero yo nunca he tenido pecas. Son horribles. Afean muchísimo el cutis.

—¡Vaya! —Movió la cabeza el carioca—. Acabas de darme un disgusto tremendo. A mí que me gustaba tanto la pelirroja y ahora resulta que va a gustarme menos por culpa de las pecas. Pero, en fin…, sigamos. Cuenta más cosas, pelo de panocha.

—Pues… En fin, fui a la escuela, tuve amigas y amigos… Cuando tenía once años, me enamoré de un vecino que tenía dieciséis… Creo que nunca se dio cuenta de mi existencia.

—Terrible, querida, terrible. ¿Qué más pasó?

—Nada más de importante. Luego, fui a la Universidad, y allí, como es natural, conocí muchachos que sí me hicieron caso y salí con algunos de ellos.

—¿Qué quiere decir que *saliste*con alguno de ellos?

—Bueno, yo ya no era tan delgaducha, ni se me veían tanto las pecas —sonrió Melanie—. Quiero decir que ya empezaba a gustar a los chicos. Así que como ellos también me gustaban a mí, pues lo pasábamos lo mejor que podíamos.

—Todas las mujeres son unas zorras —intervino Josefino.

—No señor —enrojeció de pura furia Melanie—. Usted no ha entendido exactamente lo que yo he querido decir. No me refería a eso… Simplemente, quería decir que yo…

—Yo sí te he entendido. Y no hace falta que entremos en detalles, pelirroja. Supongo que te refieres a pequeñas tonterías de jovencitos. Bueno, estábamos en la Universidad… ¿Qué más?

—Pues, finalmente, me cansé de la Universidad. Comprendí que no era estudiar lo que más me gustaba, así que lo dejé. Busqué un empleo, y al poco tiempo también comprendí que no era eso lo que me gustaba. Estuve trabajando en varias cosas en Estados Unidos, hasta que decidí que lo que a mí me gustaba era viajar, conocer gentes diferentes, aprender cosas que pudieran servirme para ir comprendiendo mejor la vida que me rodeaba. Lo primero que decidí fue venir a Brasil.

—¿Por qué a Brasil? —preguntó interesado Miranda.

—Porque siempre había oído decir que Río de Janeiro era la ciudad más hermosa del mundo. Y me pareció una tontería ir a un sitio desagradable, pudiendo venir a Río de Janeiro.

—¡Toma castaña! —sonrió Cherto Souza—. Esto le demostrará, amigo Miranda, que mi pelirroja no tiene un pelo de tonta.

—Desde luego —admitió Miranda—. Muy bien; estamos, pues, en que se vino a Río de Janeiro, señorita. ¿Qué pasó cuando llegó a Río?

—Nada interesante. Tenía algunos dólares ahorrados, así que me instalé en un hotel y me dediqué a buscar trabajo. Tenía la esperanza de poder encontrarlo pronto. Y así fue; leí en un periódico que hacía falta una ayudante secretaria que dominase a la perfección el inglés, y me presenté en la tienda del señor Buonetti. Éste me hizo unas pruebas, y me dijo que aunque yo no sabía

hablar el brasileño como a él le interesaba, esto quedaba suplido por mi conocimiento del inglés. De modo que, puesto que él también habla bastante bien el inglés, llegamos a un acuerdo. Yo le iría corrigiendo en su inglés, él me iría enseñando el brasileño, y en cuanto a la correspondencia en inglés, puesto que él no sabe escribirlo, naturalmente sería yo quien se encargase de ella. En estos momentos, creo que el señor Buonetti está contento de mí, y yo he aprendido el brasileño y bastante el español.

—He aquí una chica espabilada —dijo Miranda.

—No es de desdeñar, desde luego —murmuró Cherto—. En cuanto al señor Buonetti, también debemos admitir que es un auténtico espabilado. Es argentino de procedencia italiana, sabe hablar el inglés y el brasileño…, y es un hombre que puede manejar seis millones y medio de dólares. ¿Tú sabes de dónde los sacó, pelirroja?

—¡Claro que no! —exclamó Melanie—. Jamás se me hubiera ocurrido pensar que el señor Buonetti pudiese entregarme una maleta con tan gran cantidad. No tengo ni idea de dónde ha podido sacar tantísimo dinero.

Cherto pareció aceptar la explicación de la muchacha asintiendo con la cabeza. Luego, desvió su mirada hacia Miranda.

—¿Y usted, Miranda? ¿Lo sabe?

—¿El qué? —se sorprendió Miranda.

—Le pregunto si sabe de dónde ha podido sacar Armando Buonetti seis millones y medio de dólares en billetes de cien, quinientos y mil.

—No… —Parpadeó Miranda—. No lo sé.

—¿Y tampoco se lo ha preguntado?

—No.

—Eso quiere decir que la persona que les ha contratado a usted y a sus amigos sí debe saber de dónde ha sacado Buonetti el dinero. ¿No le parece?

—Posiblemente.

—¿Y quién es esa persona, Miranda?

—Si cuando lleguemos a Río acepta su proposición, ya la conocerá —sonrió Miranda—. Mientras tanto, no me parece conveniente para mí citar nombre alguno.

—De acuerdo. Pero sí admitirá que esa persona fue la que le dijo

que Melanie llevaría una maleta con seis millones y medio de dólares a la avenida de la Princesa Isabel de Río, para entregarla a otras personas.

—Eso sí.

—Bueno, realmente ya no necesito saber nada más.

—No le comprendo —se desconcertó Miranda.

—Yo tampoco —sonrió Cherto Souza.

Su respuesta dejó pasmado a Miranda, también a Josefino y, sobre todo, a Melanie Wilkington, que, naturalmente, no podía comprender que José Alberto Souza no pudiese entender lo que él mismo decía.

Pero Souza parecía haber perdido interés por todo lo que se pudiera hablar durante el resto del viaje, y tranquilamente se tendió en la litera, puso las manos bajo la nuca, y pareció quedar dormido. Melanie estuvo observándole estupefacta unos segundos. Luego, todavía sin salir de su asombro, miró a Miranda, que encogió los hombros.

—Ya se lo he dicho, señorita. El señor Souza es un sujeto especial. Porque aunque toda su actuación sea pura pose, hacen falta narices para poder mantener una pose así delante de tipos armados con pistolas y que pueden volarle la cabeza de un momento a otro. Pero es muy posible que el señor Souza sea el que más acertado esté de nosotros. No vale la pena seguir conversando, por ahora. Dentro de poco llegaremos a Iguape, y una vez nos hayamos puesto en contacto con determinada persona, podremos establecer definitivamente nuestras respectivas posiciones.

Miranda dio instrucciones a Josefino respecto a que no perdiese de vista a los dos prisioneros, y abandonó la cabina, dirigiéndose a cubierta para asegurarse de que todo estaba bien por allí fuera.

Por su parte, Cherto Souza alzó un brazo, agarró a Melanie por la nuca, y tiró de ella hasta tenderla a su lado en la estrecha litera. Luego, tranquilamente, tras colocarse de costado, besó a la muchacha en los labios.

Por un instante, la sorpresa hizo reaccionar a Melanie con un cierto envaramiento. Pero en seguida aceptó el beso, y correspondió a él, abrazándose al carioca.

Sentado frente a ellos con la pistola en la mano, Josefino, muy abiertos los ojos, estuvo asistiendo gratuitamente al espectáculo de

un beso por todo lo alto, no en cinemascope ni en tecnicolor, tipo Hollywood, pero sí a lo más natural, al más sanísimo estilo y, sobre todo, un beso consecuente, lleno de lógica y de sentido. Esto es, un beso entre un hombre y una mujer.

Mientras seguía besando a Melanie, que parecía estar verdaderamente derritiéndose, Cherto Souza abrió un ojo que fijó en Josefino. Éste se dio cuenta inmediatamente, y su reacción fue erguirse sobresaltado y apuntar al carioca y a la pelirroja norteamericana.

—¡Sepárense! —ordenó con voz aguda—. No sé lo que está tramando usted, señor Souza, pero no me gusta lo que está haciendo.

—Hombre, lo comprendo —refunfuñó Cherto, después de separar su boca de la de Melanie, que quede verdaderamente desilusionada—. ¿Cómo ha de gustarte besar a una mujer, so cochino?

—Tenga cuidado con lo que hace —movió amenazadoramente la pistola Josefino—. En cuanto vea que intenta usted algo, dispararé.

—Lo único que se me ocurre intentar, culo gordo, es levantarme y besarte a ti como he besado a mi pelirroja. A lo mejor hasta te gustaría, tío bueno.

—No se acerque. Siga donde está.

—Con mucho gusto —dijo Cherto Souza.

Y siguió donde estaba, desde luego. Al parecer, le importaba muy poco que el viaje hasta Iguape se prolongase cuanto quisiera. En cuanto a la pelirroja Melanie Wilkington, que correspondía encantadísima a los besos del carioca, aún parecía importarle menos.

Para pasmo de Josefino, un hombre y una mujer se dedicaron a arrullarse con toda naturalidad y como si él no existiese.

Y así los encontró Miranda cuando regresó a la cabina. Se quedó mirando estupefacto a los dos, y luego miró a Josefino, que los contemplaba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa aquí? —exclamó.

—No pasa nada —refunfuñó Josefino—. El señor Souza está besando a esa zorrilla. Pero me pareció que me estaba preparando alguna trampa, así que en lugar de prohibírselo, le he dicho que no se mueva de ahí.

Miranda hizo un gesto como quien se considera poco menos que merecedor del cielo por perdonar la tontería ajena. Naturalmente, tontería que sólo podía caber en la cabeza de un sujeto como Josefino. Se acercó a Cherto y Melanie, que seguían inmersos en su privadísimo mundo de besos de amor, y dio un fuerte tirón de los cabellos del carioca.

—¡Eh, señor Souza! —rió—. Ya está bien. Estamos llegando a Iguape.

CAPÍTULO VI

Efectivamente.

Tan sólo cuatro o cinco minutos más tarde del molesto aviso de Miranda, las dos lanchas llegaron al embarcadero de Iguape.

Para entonces ya era de noche, y parecía que en Iguape hubiese cesado toda actividad. Al menos, toda actividad visible, porque cuando las dos lanchas quedaron detenidas en el embarcadero, una junto a otra, y los motores fueron parados, un son musical de conocidísimo compás llegó hasta los recién llegados.

—Yo voy a ir con Bergman, a intentar comunicarme por teléfono con Río —dijo Miranda—. Ahora entrará Stanley para quedarse contigo y vigilar a este par de pichones, Josefino. Y mucho cuidado con ellos. Disparad al menor intento de agresión o de cualquier gesto raro que haga el señor Souza. Para mí que pretende dárnosla con queso.

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió Cherto.

—Quiero decir que tengo muy buen olfato, y que un tipo como usted merece todas mis atenciones. He conocido muchos sujetos en esta cochina vida, Souza, y muy pocos como usted. Por eso, cuando me encuentro con uno, me ando con pies de plomo. ¿Me has comprendido, Josefino?

—Vete tranquilo —asintió el marica—. Entre Stanley y yo los vigilaremos bien, Miranda.

—De acuerdo.

Stanley entró en aquel momento. Evidentemente, ya había conversado con Miranda de cómo se iba a repartir el trabajo en Iguape, así que simplemente fue a sentarse junto a Josefino, sacó un cigarrillo, lo encendió, y se quedó mirando fijamente a Souza. Mientras tanto, Miranda abandonó la cabina. Oyeron con toda

claridad sus pasos en la cubierta. Luego, unas pisadas más fuertes, y por fin el silencio.

De nuevo, lejana y amortiguada, llegaba la más conocida de las músicas brasileñas.

—Oye, Josefino —lo miró Cherto—, ¿quieres bailar la samba conmigo?

—Señor Souza, no me provoque, mire que tengo muy mala uva.

—Eso se arregla fácilmente, hombre —aseguró Souza—. Sólo hay que vaciarte adecuadamente, y así te quedarás sin humores de ninguna clase. Pasa como con las cobras… ¿Tú sabes lo que es una serpiente cobra?

—Escuche, Souza —dijo fríamente Stanley—. Si se las está dando usted de listo o de gracioso, le advierto que conmigo no está consiguiendo nada. De modo que cierre de una vez su maldita boca charlatana o se la voy a partir a golpes de pistola. Y no lo repetiré.

—Bueno… —Movió la cabeza Cherto—. Según parece, el amigo Stanley tiene aún más malas pulgas que el amiguito Josefino.

—Señor Souza… —amenazó Stanley.

—De acuerdo, de acuerdo —alzó las manos Cherto—: ya me callo.

—Yo quisiera fumar, Cherto —dijo Melanie.

—Bueno, querida, creo que deberíamos rogarle al amigo Stanley que sea generoso. ¿Nos da un cigarrillo, Stanley?

—No se lo voy a repetir más, Souza. Cállense los dos, o dedíquense a besarse. Cualquier cosa menos seguir parloteando y moviéndose. La próxima vez que hable, se queda usted sin dientes.

José Alberto Souza hizo un gesto de horror, se pasó los dedos por los labios como si cerrase una cremallera y, efectivamente, ya no dijo nada más. Melanie fue a decir algo, pero Cherto se lo impidió por el muy agradable procedimiento de darle un breve besito en los labios. Luego, la separó, se llevó un dedo a los suyos, y Melanie Wilkington comprendió que lo mejor era permanecer en silencio.

Tan en silencio permanecían los cuatro, que seguían oyendo cada vez con más claridad la música de samba. Poco después el silencio fue total, pues la música cesó. Entonces oyeron, incluso, el leve batir del agua contra el casco de la lancha.

Cherto Souza buscaba desesperadamente una manera de salir del

apuro. Si Stanley no hubiese tenido realmente tan mal genio, podía haber entablado una conversación con él y con Josefino que los habría ido relajando a ambos. Pero estaba bien claro que Miranda había advertido muy seriamente a Stanley sobre lo qué podía llegar a hacer un hombre de la categoría en la que él había clasificado al carioca.

Y así, con la desconfianza de Stanley y de Josefino siempre evidente, Souza sólo podía hacer que pensar en el modo de escapar. Lo malo es que había abusado demasiado de la paciencia de Stanley, y que en cuanto se moviese podía ser muy bien que les golpease o les disparase. Nada de esto era conveniente, por supuesto.

Y lo peor de todo era que, seguramente, no volvería a tener otra oportunidad como aquélla para intentar la fuga. Cuando Miranda y Bergman regresasen, las posibilidades se reducirían tanto que en realidad sería lo mismo que no tener ninguna. En cuanto a la posibilidad de una entrevista con la persona que había contratado a Miranda para aquel asunto, lo cierto era que Souza no se hacía ninguna ilusión. En el fondo, estaba convencido de que la orden que recibiría Miranda sería que los asesinase a él y a Melanie, los tirasen al mar, y regresasen con la maleta a Río.

Por un momento, pensó en proponerles a Stanley y Josefino largarse los cuatro con los seis millones y medio de dólares y repartírselos. Seguramente, esto pondría en manos de los dos amigos de Miranda mucho más dinero del que pudiesen recibir por el trabajo que estaban realizando. Pero viendo aquellos rostros, Cherto Souza comprendió que eran los de dos sujetos de lo más granujas que pudiera buscarse… Y que de ninguna manera confiarían en una persona como él.

Por estos derroteros discurrían los pensamientos de José Alberto Souza cuando, de pronto, en la cubierta de la lancha sonó el fuerte golpe. Todos comprendieron perfectamente que un hombre había saltado desde el embarcadero. Inmediatamente, lo hizo otro, y los pasos resonaron acercándose a la entrada de la cabina.

—Ahí viene Miranda —dijo Stanley—. Si regresan tan pronto es porque deben haber conseguido la comunicación con Río.

—Esperemos que el jefe de ustedes haya tenido el buen sentido de aceptar mi proposición —dijo Cherto.

Stanley encogió los hombros, y volvió la mirada hacia la puerta de la cabina. Ésta se abrió con toda naturalidad y rápidamente.

Pero no era Miranda, acompañado de Bergman, quien estaba allí.

La sorpresa dejó paralizados por un instante a Josefino y Stanley. Y para cuando quisieron reaccionar, ya era demasiado tarde.

En la puerta, el hombre de la cabeza vendada y el que estaba a su lado tenían ya las pistolas provistas de silenciador alzadas y apuntando hacia los dos amigos de Miranda.

Plop, plop, plop, plop…, chascaron los disparos en el interior de la cabina.

Stanley y Josefino, que habían movido sus manos armadas hacia allí, fueron zarandeados brutalmente por las balas, y parecieron abrazarse uno al otro al saltar en el borde de la litera. Fueron empujados hacia atrás, rebotaron en el casco de la lancha, y fueron a caer enredándose uno al otro a los pies de la litera. Stanley quedó tendido de bruces, y Josefino, encima de él, quedó cara arriba. Sus ojos parecían desorbitados, su rostro crispado en una mueca de dolor y de furia, y su boca estaba tan abierta como si tuviese pretensiones de introducir en ella un melón.

Melanie, que lo contemplaba con expresión aterrada, lanzó un alarido cuando, de pronto, Josefino se estremeció, su cabeza se alzó un instante, y un torrente de sangre brotó de su boca, saliendo disparado en fortísimo chorro hacia sus pies. Luego, el marica cayó hacia atrás y quedó definitivamente inmóvil.

La muchacha se abrazó a Souza, que le pasó un brazo por los hombros y le pasó la otra mano por los cabellos, mientras, desviando la mirada del horrendo espectáculo que representaba especialmente Josefino, miraba hacia los dos hombres que habían cometido el doble asesinato.

El de la cabeza vendada sonrió amistosamente.

—¡Hola, señor Souza! —saludó—. ¿Qué tal, señorita Wilkington?

—Mira, Ramón… —señaló el hombre que le acompañaba—. Allí está la maleta.

—Quieto, tranquilo, codicioso —dijo con tono festivo el buen Ramón—. Ya nos ocuparemos de la maleta a su debido tiempo.

Ahora tenemos que atender a nuestros amigos… ¿Está usted bien, señorita Wilkington?

—De modo —dijo Cherto— que usted es Ramón. Creíamos que lo habían matado ayer en Río.

—Pues no. La bala me rozó la cabeza y me dejó en muy mal estado momentáneo. Por fortuna, mis compañeros me recogieron y se me llevaron de allí oportunamente. Aunque, la verdad, allí la persona más oportuna de todas fue usted, señor Souza.

—Sí… Realmente, he sido siempre un muchacho más bien despierto y con sentido de la oportunidad, en efecto —admitió modestamente José Alberto.

Ramón asintió, y se acercó a ellos. Se quedó mirando a Melanie, que seguía abrazada a Souza, e insistió en su saludo.

—Hola, señorita Wilkington. Por si no me reconoce, le diré algo que le hará comprender que somos amigos: las olas del mar han llegado a Mato Grosso. ¿Recuerda esto?

Melanie reaccionó por fin, separándose de Souza y volviendo la cabeza hacia Ramón.

—Es usted un asesino… —jadeó—. El modo en que han matado a estos dos hombres…

—No sea usted tonta —refunfuñó Ramón—. Si no hubiese sido por nuestra llegada, ustedes habrían ido a parar al fondo del mar, con un anclote colgado del cuello. ¿No está usted de acuerdo conmigo, señor Souza?

—Me temo que sí —tuvo que admitir Cherto—. La verdad es que ése era el destino que yo estaba previendo para nosotros, Ramón. De modo que aunque yo también pienso que es usted un asesino, no tengo más remedio que darle las gracias.

—Se explica usted muy bien —sonrió Ramón—. A mí me gustan las personas que saben explicarse.

—Y a mí también —dijo Cherto—. Por cierto, me gustaría que usted me explicase cómo han conseguido dar con nosotros.

—Pues, en realidad, no ha sido nada difícil —le quitó importancia Ramón—. Resulta que cuando usted se alejaba con su motocicleta, uno de mis compañeros tuvo la inteligentísima idea de fijarse en la matrícula. Esta mañana nos hemos interesado por ella, y nos hemos enterado de que la motocicleta en cuestión, marca «Honda», pertenecía a un tal José Alberto Souza y Saldanha,

residente en la avenida de Borges Medeiros, así que hemos orientado nuestras pesquisas en esta dirección. Y poco a poco nos hemos ido enterando de algunos pormenores de la vida del señor Souza. Así, hemos sabido que además de la motocicleta y un hermoso apartamento frente a la laguna Rodrigo de Freitas, tiene un estupendo automóvil y una magnífica lancha con la que frecuentemente… se va de turismo, según nos han contado. Personados en el Club Caicaras y preguntado por el señor Souza, se nos ha dicho que había emprendido viaje con su lancha, acompañado de una bella señorita pelirroja. Y entonces hemos empezado a hacer cábalas respecto a la ruta que podía estar siguiendo el señor Souza en su lancha y acompañado por la señorita Wilkington.

—¡Caramba! —Movió la cabeza Souza, realmente admirado—. A eso le llamo yo pensar, Ramón.

—Muchas gracias. Pero hay cosas que, más que pensarlas, basta simplemente comprenderlas. Nosotros, de acuerdo con lo convenido con el señor Buonetti, teníamos que tomar de manos de la señorita Wilkington la maleta y hacerla llegar a Buenos Aires. Por lo tanto…

—Por lo tanto —cortó Souza—, llamaron ustedes al señor Buonetti, para decirle que sabían quién tenía la maleta y a la señorita Wilkington, y él les dijo que era yo y que estaba en ruta hacia Buenos Aires por mar.

—No, no, no, señor Souza —movió la cabeza, negativamente, Ramón—. Nosotros no hemos recurrido para nada al señor Buonetti. La parte de él consistía en entregar la maleta, y lo hizo. La parte nuestra consistía en recogerla y llevarla a Carpenter, en Buenos Aires…

—¿Quién es Carpenter? —interrumpió de nuevo Cherto Souza.

—No le importa a usted. Lo cierto es que antes de ponernos en contacto con el señor Buonetti para ponerle al corriente de nuestro fracaso y correr el riesgo de que el señor Buonetti le dijese a Carpenter que nos habíamos dejado quitar la maleta, decidimos movernos por nuestra cuenta, a ver si la recuperábamos. Y ya ve usted, hemos tenido suerte. Estábamos cerca del embarcadero, interesándonos si había pasado por aquí la lancha de usted y si alguien había visto a un hombre alto y atractivo como es usted, y una pelirroja encantadora como es la señorita Wilkington, cuando…

¿qué dirá usted que vemos, señor Souza?

—A ver si lo adivino —sonrió José Alberto—. Ven ustedes dos lanchas provenientes del sur, acercándose al embarcadero. Y una de esas lanchas, según todas las descripciones que consiguieron en el Club Caicaras, es la mía. Entonces se esconden, ven llegar las dos lanchas y esperan el momento oportuno para intervenir.

—Usted también es listo —dijo amablemente Ramón—. En efecto, eso es lo que ha sucedido. Y fíjese usted si estábamos seguros de que íbamos a recuperar la maleta, que ya nos las hemos arreglado para enviarle un aviso a Carpenter en ese sentido.

—Cuando menos, debo entender que Carpenter y el señor Buonetti son amigos.

—Evidentemente —asintió Ramón—. De otro modo no tendría sentido que uno le enviase a otro nada más y nada menos que seis millones de dólares. Por cierto, vamos a echarle un vistazo a esos billetes.

—Le aconsejo que no lo haga —dijo rápidamente José Alberto —. He preparado la maleta de tal modo que si alguien la abre de modo diferente a como está programada, ya sea con suavidad o violentamente, la maleta explotará y destrozará todo cuanto haya a su alrededor en un radio de cinco o seis metros.

—¿Me está diciendo que ha arriesgado de ese modo seis millones y medio de dólares? —Casi gritó Ramón.

—Puede que haya arriesgado seis millones y medio de dólares —asintió José Alberto—. Pero si no hubiese tomado esa precaución, me parece que a estas horas mi pelirroja y yo ya estaríamos en el fondo del mar con un anclote atado al pescuezo, como usted ha dicho.

—Bueno, la cosa no ofrece grandes complicaciones, señor Souza. Abra la maleta usted.

—Me parece que lo prudente, ante todo, sería salir de esta lancha. Miranda y Bergman pueden volver de un momento a otro, y entonces…

—No se preocupe usted por Miranda y Bergman… —dijo fríamente Ramón—. Mis amigos Miguel y Luis se fueron tras ellos, y le aseguro que en el futuro ya no deberá usted preocuparse por lo que le puedan hacer a usted.

Melanie, que iba mirando de uno a otro hombre a medida que

hablaban, tardó aún un par de segundos en comprender lo que significaban las palabras de Ramón.

—¿Quiere decir que también han asesinado a Miranda y Bergman? —exclamó.

—La verdad es que no sé muy bien cómo están las cosas en ese sentido. Pero desde luego no daría ni un cochino cruceiro por las vidas de ese par de hijos de tal.

—Yo tampoco —sonrió el acompañante de Ramón—. Y ojalá se los carguen a lo bestia. A fin de cuentas ayer, cuando nos dispararon con aquel fusil, pudieron habernos matado a los tres dentro del coche. Menos mal que era un vehículo fuerte, y todo lo que pasó fue que nos dejaron patas arriba.

—Verdaderamente —movió la cabeza Cherto—, ustedes no se andan con bromas.

—Amigo mío, hay muchas cosas en juego en este asunto, para que nos andemos con bromas —dijo Ramón.

—Sí… Seis millones y medio de dólares no es precisamente una tontería —sonrió Cherto.

—No se trata sólo de dinero.

—¿De qué se trata entonces?

—Este tipo no hace más que preguntar, Ramón… —dijo el otro —. Yo creo que aunque te caiga bien debes hacerle comprender que se está pasando de listo.

—Mi amigo Servando tiene razón —dijo amablemente Ramón—. Usted hace demasiadas preguntas, señor Souza.

—Es que tengo una sed insaciable de cultura.

—¿De qué dice que tiene sed? —Se pasmó Servando.

—De cultura.

—¿Y eso qué es? —se desconcertó el otro—. He bebido muchas cosas en mi vida, hasta creía que había bebido de todo, pero cultura no he bebido nunca.

Souza miró a Melanie, que le contemplaba estupefacta, y sonrió simpáticamente a la muchacha.

—Aunque te parezca mentira, pelo de panocha, el amigo Servando está hablando en serio. Y es bien evidente que nunca ha bebido cultura. ¿No te parece?

—Por si no lo sabes —rió Ramón—, el señor Souza te está tomando lindamente el pelo. Tendrías que saber lo que es cultura,

hombre.

—Bueno —refunfuñó Servando—, la pediré en el primer bar que encuentre, cuando este asunto termine.

—Pero mira que eres bruto —masculló Ramón—. La cultura no es ninguna bebida. Es… es… bueno, es una cosa que tienen los tíos listos.

—La cultura —explicó Souza amablemente a Servando— es el conocimiento de las cosas. De cuantas más cosas, mejor, de tal modo que nos permita vivir la vida en beneficio de nosotros mismos y de nuestros semejantes. Tener cultura es algo que vale mucho más que tener seis millones y medio de dólares, Servando.

—¿Y usted tiene cultura? —Abrió mucho los ojos Servando.

—Sí… Me las voy arreglando.

—Entonces, si ya tiene cultura…, ¿para qué demonios quiere la maleta cargada de dinero?

José Alberto Souza se quedó boquiabierto. Miró a Melanie, miró a Ramón, y por último volvió a mirar a Servando, que evidentemente esperaba una respuesta.

—¡Tocado! —Alzó las manos Souza—. Ésa es una respuesta que no esperaba, ni mucho menos.

—¿Qué respuesta? —Se pasmó Servando.

—Hijo mío —suspiró Souza—, eres un bestiajo tonto. En cambio, Ramón es bastante listo. Quizá sea lo bastante listo para comprender que siempre se gana más dinero trabajando por cuenta propia que por cuenta ajena.

—¿Me está haciendo alguna proposición? —Frunció el ceño Ramón.

—Se podrían iniciar negociaciones en ese sentido —admitió Souza.

—¿Qué pasa? ¿Ya no confía usted en que nuestro jefe haga un trato conveniente? Vamos, no tema nada, hombre. Es usted un tío listo, cargado de dinero, de cultura y de decisión para ir por el mundo… ¿Qué puede ocurrirle de malo?

—Por ejemplo, que me corten el cuello.

—Pero eso sólo pasa una vez en la vida —dijo con displicencia Ramón—. Y las cosas que tan sólo pasan una vez en la vida casi nunca tienen importancia.

—Se equivoca —rechazó Souza—. Precisamente son las cosas

que sólo pasan una vez las que más importancia tienen. Por ejemplo, nacer y morir.

—¡Pestes! —exclamó Servando—. ¡Cómo habla ese tío, Ramón!

—Sí —admitió Ramón—. En cierto modo, me recuerda al señor Carpenter.

—¿Quién es el señor Carpenter? —preguntó ingenuamente Souza.

—El señor Carpenter es un caballero que ha sido avisado de nuestra llegada a Buenos Aires. Como yo le he dicho ya, tenía tal confianza en poder apoderarme de la maleta que le avisé. Así que, o bien nos reuniremos con él en Buenos Aires, o saldrá a nuestro encuentro. ¿No se lo había dicho ya, señor Souza?

—Lo que yo quería saber…

—Eso es todo lo que va a saber usted del señor Carpenter, procedente de mí.

—Yo insisto en que el señor Souza hace demasiadas preguntas —dijo Servando.

—Es verdad —asintió, casi con entusiasmo, Ramón—. Por lo tanto, señor Souza, ¿por qué no nos callamos todos un poquito?

Souza obedeció por el más eficaz de los sistemas, es decir, permaneciendo en silencio. Miró a Melanie, que no parecía excesivamente asustada. La situación, sin duda alguna, le parecía menos peligrosa que cuando habían estado en poder de Miranda y su gente.

Lo que seguramente no podía entender la muchacha era que, pese a que Ramón era el que tenía que haber recibido la maleta de sus manos, en Río, su actitud hacia ellos no parecía ser decididamente amistosa.

La situación para José Alberto Souza estaba realmente clara. Y difícil. Tan difícil estaba ahora, en manes de Ramón y Servando, como cuando había estado en manos de Miranda y los demás.

Y todavía se pondrían peor las cosas, cuando regresasen los dos amigos de Ramón que, al parecer, habían ido a la caza de Bergman y Miranda.

—Pues yo creo —dijo de pronto Servando— que deberíamos abrir la maleta.

—Según parece —le miró Ramón—, aquí todos somos sordos, Servando. No tenemos que abrir la maleta para nada, por el

momento.

—Sí, será lo mejor —dijo Souza—. Créame que si la abriesen no iba a quedar de nosotros ni de esta lancha ni astillas ni huesos. Claro que asegurarse de que no estoy mintiendo, es un poco comprometido, Servando.

—Bueno, ¿y por qué no abre usted la maleta?

—Porque el mecanismo para abrirla sin que explote está en mi lancha. Si quieren podemos ir allá, y tendré mucho gusto en abrir la maleta y poner en sus manos todo el dinero.

—Hay tiempo —dijo Ramón—. Vamos a esperar a que vengan Miguel y Luis.

De nuevo se hizo el silencio. Melanie se abrazó a la cintura de Souza, y apoyó la mejilla en su pecho. El carioca abrazó a la muchacha por la cintura, y sonrió mientras le guiñaba un ojo a Servando, que, realmente, contemplaba a Melanie Wilkington con expresión admirativa. Por supuesto, los pensamientos de Servando habrían causado no poca inquietud en Melanie, así que Souza, que los estaba comprendiendo como si aparecieran escritos en una pantalla, prefirió no hacer el menor comentario al respecto.

La verdad es que no se hacía ninguna ilusión sobre el futuro de los dos. Ramón era un tipo de charla fácil y sonrisa cordial, que inicialmente había formado parte del grupo en el que, como una piececita más, se movía Melanie Wilkington. Si las cosas hubiesen sucedido como hubiesen tenido que suceder en la avenida de la Princesa Isabel, de Río, seguramente todo habría terminado así. Ramón se habría quedado con la maleta del dinero, Melanie Wilkington habría vuelto a la tienda de objetos de arte de Armando Buonetti a trabajar, y colorín colorado.

Así estaban las cosas, todos en silencio en el interior de la cabina de la lancha, cuando en la cubierta de ésta sonó el fuerte golpetazo de unos pies. Y luego, lo mismo, repetido.

—Ésos son Miguel y Luis —dijo Ramón—. Echa un vistazo, Servando. Con cuidado.

—Si son ellos, ya lo dirán —dijo Servando.

Y en efecto, aún estaban en el aire sus últimas palabras cuando desde el exterior llegó una voz agria y destemplada:

—¡Eh, Ramón! ¿Cómo están las cosas ahí dentro?

—Ése es Miguel —miró Ramón a Souza—. Y como ve usted,

señor Souza, no es demasiado listo. Porque si las cosas aquí dentro no estuviesen a gusto y conveniencia de él, ahora mismo le estarían llenando la cabeza de balas. ¿No le parece?

—Sí. Pero me parece también que sus amigos tienen mucha fe en que ustedes habían de conseguir su parte aquí, en la lancha.

—Eso también es cierto —parpadeó Ramón—. Resulta que todos hacemos las cosas tan bien, que confiamos unos en otros. Servando, saca la cabezota y diles a esos dos cretinos que entren.

Servando no sacó la cabezota. Se limitó a emitir un silbido y luego, como si una cosa tuviese relación con la otra, se puso a rascarse de forma furiosa la espesa maraña de cabellos de tono negrísimo. Esto estaba haciendo Servando cuando en la puerta aparecieron Miguel y Luis. El primero, sonriendo, mostró en alto el poderoso fusil lanzagranadas con la mano derecha, y con la izquierda una de las granadas con la cuña de introducción en la boca de fuego, para quedar encajada allí y ser disparada.

—¿Qué te parece este trofeo, Ramón? Y ahí fuera hay más granadas.

—Trae eso acá —se adelantó Ramón—. Yo me encargaré de este artefacto, porque no me fío de vosotros. Sois demasiado brutos.

—¡Hombre, yo creo que exageras! —protestó Luis, metiéndose un dedo en la oreja derecha y rascando y hurgando con la fuerza necesaria para una perforación petrolífera.

—Seguro —sonrió Ramón—. Bueno, ¿qué ha pasado con los otros dos?

Luis puso la mano derecha como si fuese a señalar algo. Es decir, plegó todos los dedos menos el índice, que mantuvo rígido. Y entonces se pasó la punta del dedo índice por la garganta, desde debajo del lóbulo de la oreja izquierda al de la oreja derecha, mientras decía:

—¡Juiiiiicccc!…

—Estupendo —dijo Ramón.

—¿Qué quiere decir eso? —Le miró Melanie.

—Quiere decir que a Miranda y a Bergman les han comprado una bufanda —dijo Souza—. Así no tendrán frío este invierno.

—¡Es muy chistoso este tío! —Le miró malignamente.

—Las bromas están terminando, señor Souza —dijo Ramón—. De modo que póngase en pie y salgamos de la lancha. Vamos a ir a

la suya para abrir la maleta.

—Está bien —murmuró Souza, poniéndose en pie y tirando de una mano de Melanie para ayudarla a hacerlo—. Pero no hace falta que mi pelirroja venga con nosotros, Ramón.

—¿Por qué no? —Ladeó éste la cabeza, mirándole con desconcierto.

—Bueno… No sé. Creo que ella estará mejor aquí vigilada por ustedes, eso es todo.

—Sí, ¿eh? Pues precisamente esta preciosa jovencita de los pechos pimpantes se va a venir con nosotros a su lancha. Y le advierto que si tiene ganas de broma, nosotros no. Miguel, tú ven conmigo. Y vosotros dos quedaos aquí, por si viniese alguien más a esta lancha. Sea quien sea, liquidadle.

Sosteniendo ahora el fusil lanzagranadas, y ya colocada una en el extremo de fuego, Ramón señaló hacia la salida de la cabina. José Alberto Souza hizo un gesto de vacilación, como de temor, pero acabó tomando la mano de Melanie y tirando de ella.

Poco después, los cuatro saltaban al embarcadero, y de allí iban hacia la lancha de José Alberto, cuya proximidad no era la suficiente para haber saltado de una borda a otra.

—¿Dónde está su lancha, Ramón? —preguntó Cherto Souza.

—Un poco más allá. Está en un sitio discreto y que, pase lo que pase, no le interesa a usted, señor Souza. Siga hacia su lancha.

Con unos pocos pasos recorrieron la distancia, y saltaron a cubierta de la lancha de Souza. Éste, cargado con la maleta, se dirigió hacia la puerta que conducía a la cabina. Se detuvo allí y volvió la cabeza hacia Ramón.

—Creo que Melanie debería… —comenzó a decir.

—Cierre la boca y entren los dos. Y cuidado, porque estamos solamente a tres pasos de ustedes, Souza.

José Alberto pareció resignarse de nuevo a la situación. Entraron los cuatro en la cabina, y el carioca fue a dejar la maleta sobre el sofá cama. Luego señaló uno de los armaritos que formaban parte de la reducidísima cocina. El armarito en cuestión estaba precisamente encima de ésta, separada por una distancia de unos sesenta centímetros.

—Necesito un instrumento que tengo ahí —señaló José Alberto.

—De acuerdo. ¿Dónde?

Souza se acercó a la cocinilla. Quedó con la parte superior de los muslos apoyados en ésta, alzó ambos brazos hacia el mueble que había encima, y asió las dos pequeñas portezuelas, dispuesto a dar un tirón para abrirlas.

Pero como la situación ya no podía ser de ninguna manera mejor en el futuro, sino en todo caso empeoraría a medida que fuese dejando pasar el tiempo, José Alberto Souza se lo jugó todo a una carta.

Es decir, a una patada.

O todavía mejor explicado: a una coz.

Porque realmente fue una escalofriante coz lo que Souza soltó hacia atrás, alzando su pierna derecha. El tacón de su deportivo zapato se hundió con terrible fuerza en la entrepierna del desprevenido Miguel, que lanzó un bramido de toro, se olvidó completamente de que tenía una pistola en la mano y llevó ambas hacia la parte afectada, mientras, pálido como un muerto, desencajadas las facciones caía encogido hacia adelante.

Para entonces, José Alberto estaba de nuevo en acción, puesto que sabía que una reacción por su parte en aquel sentido tenía que ser velocísima y sincronizada.

Por lo tanto, tras soltar la tremenda coz que acertó de lleno en su objetivo, se volvió hacia Ramón cuando éste ni siquiera había empezado a dar un respingo de sobresalto.

Así estaba Ramón, iniciando un respingo, sobresaltadísimo, cuando el puño derecho de Souza, con la potencia de un brazo rebosante de músculos y la que había adquirido con el veloz giro del cuerpo, se hundió en su estómago. Fue realmente curiosa la reacción de Ramón. Lo primero que hizo fue expulsar el aire de su cuerpo, abriendo la boca hasta el límite.

Luego, sus ojos giraron en todas direcciones, como describiendo velocísimos círculos, mientras su rostro quedaba de un extraño color desteñido, entre verde y amarillo. Luego, tieso como un palo, tras parecer que iba a encogerse como había hecho su amigo Miguel, cayó hacia adelante con los ojos abiertos, pero las pupilas metidas hacia el interior, de modo que solamente se veía la blancura de la córnea. Souza se limitó a retenerlo apoyando un dedo en el pecho, y luego, con este mismo dedo, empujó a Ramón hacia atrás.

Ramón cayó sobre la maleta que había en el sofá cama, giró sobre ella y quedó tendido en un rincón, de bruces, pegado al casco de la lancha.

—Soy tremendo, ¿no te parece? —Miró Cherto a Melanie.

—Pe…, pero… ¿Cómo has podido hacerlo, Cherto?

—¿Acaso no te lo acabo de decir? —refunfuñó él—. Soy tremendo, eso es todo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó con buenísimo sentido práctico Melanie Wilkington.

—Hijita, en ocasiones normales te diría que es una pregunta tonta. Pero ésta no es una ocasión normal, ni la pregunta me parece tonta. Tenemos varias alternativas, pero a mí me parece que la más inteligente es largarnos de aquí cuanto antes.

—¿Cuáles son las otras alternativas?

—Pues… podríamos utilizar a estos dos sujetos como rehenes, para hacer venir a los otros dos a nuestra lancha desarmados, y hacernos cargo de los cuatro. Pero me pregunto quién quiere un cesto con cuatro víboras, pudiendo tener solamente dos.

—Pero no vas a matarlos, ¿verdad, Cherto?

—Si se portan bien, no. Pero si se portan mal. —Cherto Souza sonrió, y se pasó el dedo índice por la garganta, desde el lóbulo de la oreja izquierda al lóbulo de la oreja derecha—, ¡juiiiiccc!…

—¿Los degollarías? —exclamó Melanie.

—Veo que vas aprendiendo. Bueno, pelo de panocha, recoge la pistola del simpático Miguel y quédate vigilándoles a los dos por si recuperan el conocimiento antes de lo que nos conviene. ¿Sabes manejar una pistola?

—¡Claro que no! —exclamó ella.

—Pues estamos lucidos. De todos modos, agarra ésa y siéntate aquí delante. Sólo tienes que sostenerla en la mano y mirarlos como si estuvieses dispuesta a llenarles la boca de balas, para que vayan afilándose los dientes. Ellos creerán que sabes disparar, y será suficiente.

—¿Y tú qué vas a hacer, Cherto?

—Si te parece, voy a regar el huerto —gruñó el carioca.

Se dirigió a la salida de la cabina y cuando estuvo ante la doble puerta se acuclilló. Entonces, abrió sólo una de las hojas y salió ya reptando. Cuando la hoja se cerró tras él, Cherto Souza, ahora ya

prácticamente a oscuras, pues en cubierta sólo alumbraban las dispersas luces del embarcadero, continuó deslizándose hasta llegar bajo los mandos de su lancha. Una vez allí, suspiró aliviado al comprobar que las llaves estaban en el contacto. Si Bergman se las hubiese llevado, la cosa hubiera tenido que solucionarse de modo muy diferente.

Pero, por fortuna, allí estaban las llaves.

Y el depósito de su lancha estaba lleno.

Se puso de pronto en pie, dio el encendido, y en el acto los dos motores gemelos respondieron. En un instante, la lancha de José Alberto Souza salió disparada mar adentro, arrancando el pivote al que había estado amarrada en el embarcadero.

Aumentando la velocidad rápidamente hasta el límite, Souza iba mirando hacia atrás. Durante unos segundos tuvo la esperanza de que Servando y Luis, en la lancha de Miranda y su gente, ni siquiera se hubiesen dado cuenta de que la lancha de él se alejaba. Pero esto era ya pedir demasiado. Y no se sorprendió en absoluto cuando, finalmente, y mucho antes de lo que a él le hubiese gustado, la otra lancha se separó también del muelle y comenzó la persecución.

Una persecución que Cherto Souza sabía que no le convenía, pues ya había quedado demostrado que la lancha de Miranda era más veloz que la suya.

«Lo cual quiere decir —reflexionó Souza—, que en cuanto pueda me voy a vender este trasto y voy a comprar la última novedad del mercado en cuanto a velocidad. Esto tendría que haberlo hecho ya hace tiempo».

Mientras tanto, la persecución se había iniciado, pero ahora no a pleno sol, sino a plena luz estelar. Arriba, en el límpido cielo negrísimo, destacaban miles de estrellas. Poca iluminación, pero suficiente para que los perseguidores pudieran ver a los perseguidos, y sobre todo, la ancha y blanca franja de espuma que la lancha iba dejando en el mar.

La persecución estaba en su interesantísima faceta inicial cuando a oídos de Souza, y pese al rugir de los motores, llegó el alarido que sólo podía haber brotado de labios de Melanie Wilkington. El carioca pegó un salto, respingando fuertemente, y por una fracción de segundo vaciló sobre lo que debía hacer. Pero comprendió, en esa fracción de segundo, que lo único que no podía hacer era perder

ni siquiera una fracción de segundo. Así que, con seco gesto, dejó bloqueado el volante de la lancha, y sin entretenerse siquiera para recoger del suelo el fusil lanzagranadas, se lanzó al interior de la cabina.

La doble puerta batió a sus costados cuando entró allí como una tromba. Inmediatamente, vio la escena.

Una escena de muerte.

Estaba claro que Miguel se había recuperado, y que había podido sorprender a Melanie Wilkington. En aquel instante la muchacha estaba tendida en el suelo y Miguel estaba sobre ella, sentado a horcajadas sobre su vientre. Con la mano izquierda, Miguel estaba apretando la garganta de la pelirroja. Y en su mano derecha tenía la pistola, que comenzaba a bajar, sin duda alguna dispuesto a disparar contra Melanie a quemarropa.

Cherto Souza dio un salto hacia él. Y todavía no había llegado su pie izquierdo al suelo, junto a los cuerpos de ambos, cuando ya disparó su pie derecho. Lo disparó antes de que Miguel pudiese apretar el gatillo de la pistola.

Y esa velocidad de acción de Cherto Souza salvó la vida a Melanie Wilkington y terminó con la de Miguel.

El golpe que recibió éste con la punta del zapato de Souza, justo en la nuca y en el sitio preciso, lo mató de modo fulminante. Se oyó un seco crujido, la cabeza de Miguel osciló brutalmente hacia delante, rebotó en el pecho, volvió hacia atrás, y conservó todavía fuerza suficiente para derribar el cuerpo, primero hacia atrás y luego de lado.

Cuando quedó tendido de modo grotesco ante los pies de José Alberto, Miguel ya estaba muerto. Tenía los ojos abiertos y la boca todavía torcida hacia un lado, en un gesto brutal de furia.

José Alberto se apresuró a ayudar a Melanie a ponerse en pie. La ropa de la parte superior del cuerpo de la norteamericana había sido arrancada completamente, y sobre el seno derecho se veía todavía la señal de los dedos de Miguel.

Melanie se abrazó a Souza y comenzó a sollozar y a temblar convulsivamente, mientras intentaba explicar lo sucedido al carioca.

Éste le dio unas palmaditas en la espalda, y dijo:

—No te preocupes. Es natural que no pudieses controlar a sujetos como éstos. La culpa ha sido mía, pelirroja. Ahora llora

cuanto quieras y desahógate. Cualquier cosa menos ponerte histérica. ¿De acuerdo?

Melanie asintió con la cabeza y se sentó en el borde de la litera, junto a la maleta. José Alberto abrió uno de los pequeños armarios y de él sacó un jersey blanco de manga corta y cuello cerrado, que tiró hacia Melanie.

—Toma, ponte esto. No me molesta ver todo lo hermosa que eres, pero me parece que éste no es el momento de andar jugando, ¿verdad?

Melanie asintió, y se puso rápidamente el jersey, tipo camiseta, de José Alberto. El resultado fue verdaderamente cómico. Le venía lo bastante grande, pese a sus encantos rotundos, como para que dentro del jersey cupiesen prácticamente dos muchachas como ella. Se quedó mirando a Souza, que sonrió simpáticamente.

—Estás preciosa, no te preocupes.

Melanie dirigió la mirada todavía un tanto desorbitada hacia Miguel.

—¿Está muerto, Cherto?

—No lo sé. Pero el golpe que le he aplicado ha sido para matarlo. Por lo tanto, espero que esté muerto.

—¿Quieres decir… que lo has matado… a propósito, con plena conciencia?

—¿Habrías preferido morir tú?

Se quedaron mirándose fijamente. Por fin Melanie, en silencio, movió negativamente la cabeza. Souza se arrodilló junto a Miguel y puso dos dedos en una carótida. Luego volvió a mirar a Melanie y dijo:

—Desde luego, está muerto. Así que de éste no vamos a tener que preocupamos más. Vamos a echarle un vistazo al amigo Ramón, porque he conocido a tipos muy listos.

—¿Qué quieres decir? —se sorprendió Melanie.

—Quiero decir que quizá en estos momentos ha recuperado también él el conocimiento y está simulando lo contrario, para intentar sorprendernos. Apártate de ahí, que voy a comprobar cómo sigue el buen Ramón.

Melanie se puso en pie vivamente, casi saltando, y Souza, con una sonrisita en un lado de la boca, se acercó a examinar a Ramón. El cual, desde luego, no estaba fingiendo, pues seguía allí tendido,

con el rostro desencajado y el color descompuesto, y sin sentido.

—Mucho me temo que este pobre diablo tenía algo en el estómago que no le funcionaba bien. ¿Qué te apuestas a que tenía una hermosísima úlcera y yo he contribuido a culminar la tragedia?

—Pero aún está vivo, ¿verdad?

—Éste, sí. Pero me parece que no te va a ocasionar muchos problemas, pelirroja. De todos modos, y ahora que solamente tienes que mirar a uno, espero que seas más cuidadosa.

—¿Adónde vas?

—Hijita, ¿adónde quieres que vaya? Voy a tomar el mando de la lancha. Porque aunque he puesto el piloto automático, igual le da por dirigirse hacia la costa y nos estrellamos.

—¿Y entonces explotaría la maleta? —Abrió muchos les ojos Melanie.

—Desde luego que sí. Bueno, voy afuera… Y además, tenemos detrás de nosotros a los dos amigos de Ramón que se quedaron en la lancha de Miranda. Vamos a ver cómo están las cosas por ahí fuera. Tú no salgas, pase lo que pase.

José Alberto regresó a cubierta.

A unos quince metros, la otra lancha iba formando una blanca estela de espuma, paralela a la suya.

Entonces, Souza apuntó brevemente con el fusil lanzagranadas hacia la lancha de Miranda y apretó el gatillo.

La buena puntería del carioca, y en parte su buena suerte comprobada, fueron factores decisivos en aquella persecución acuática. La granada fue a impactar justo en medio de la otra lancha, que se convirtió en un instante en un extraño surtidor de fuego, humo y astillas de toda clase y trozos de plástico que parecieron, por un momento, miles de nuevas estrellas aparecidas sobre el mar.

Poco después, la lancha de José Alberto Souza seguía su velocísima marcha hacia el sur, rumbo a Buenos Aires.

CAPÍTULO VII

La visión se aclaró ante los ojos de Ramón, y entonces pudo distinguir las viriles y simpáticas facciones de José Alberto Souza.

—Todavía estoy vivo —musitó Ramón.

—Eso parece —sonrió el carioca—. Pero mucho me temo que no será por mucho tiempo, Ramón. ¿Qué demonios le pasa a usted? ¿Está podrido por dentro?

—Algo así… —murmuró roncamente Ramón—. Y me parece que su golpe ha solventado la cuestión de una vez por todas, señor Souza.

—La verdad es que no puedo decir que lo siento —dijo con toda sinceridad Souza—. Cuando se trata de elegir entre mi vida y la de otro, siempre suelo ser un poco egoísta.

—Lo comprendo —sonrió crispadamente Ramón—. ¿Dónde estamos ahora?

—Estamos en el mar, navegando hacia el sur. Hace doce horas que yo zarpé de Río de Janeiro.

—Eso quiere decir que usted sigue su proyecto inicial, señor Souza.

—Desde luego. Tengo intenciones de llegar a toda costa a Buenos Aires. Lo que no sé muy bien, es lo que podré hacer una vez esté allí. Quizá mis ideas se aclarasen si usted me dijese quién es Carpenter, Ramón.

—Creo que no se lo voy a decir —musitó Ramón.

—Bueno. Cada uno es dueño de elegir su destino. Voy a ver si hay por aquí algún anclote viejo o algo que pese lo suficiente para regalárselo a usted.

—¿Me va a tirar al mar?

—¡Hombre, no! Si le parece voy a conservarlo a usted para

ponerlo en una vitrina en mi apartamento de Río.

—No lo haga… —jadeó Ramón—. ¡Por favor, no lo haga, señor Souza…!

—¿Y por qué no he de hacerlo? —refunfuñó—. No tengo por qué tener ninguna consideración con usted, me parece a mí.

—Sé que voy a morir pronto. —Ramón se movió, tocándose con cuidado, casi con miedo, el estómago—. Pero cuando así sea…, quiero que me entierren en la tierra, no en el mar… Por favor, señor Souza, júreme que lo hará así.

—Por el contrario, amigo Ramón —se mostró inflexible el carioca—: lo que le juro es que si usted no me dice quién es Carpenter y qué significa todo este asunto, lo que haré será tirarlo al mar ahora mismo. Y me importará muy poco que usted esté vivo aún cuando lo haga.

—Se lo suplico, señor Souza… —gimió Ramón.

—Podemos hacer un trato, eso sí —volvió a sentarse Souza en el borde de la litera—. Conteste usted a mis preguntas, y yo le voy a hacer dos promesas, no una. La primera, es que en cuanto avistemos una población lo bastante importante para que haya en ella un hospital adecuado, le desembarcaré a usted allí. La segunda, es que si usted no llega vivo a esa población, yo le prometo desviar mi ruta hacia tierra, desembarcar y enterrarle allí. ¿Está de acuerdo con esto, Ramón?

—Sí… Sobre todo no me tire usted al mar, ni vivo ni muerto.

—Está bien. ¿Quién es Carpenter?

—Es… es un mercenario…

—Ya. Conozco esa clase de tipos. ¿Para quién está trabajando ahora Carpenter?

—Bueno… Carpenter y Armando Buonetti están trabajando juntos en el mismo asunto. Yo sólo soy un asalariado de Carpenter, y todo mi trabajo consistía en esta ocasión en llevar la maleta desde Río a Buenos Aires.

—Usted sabe que en esa maleta hay muchísimo dinero, Ramón. ¿Qué empleo iban a darle a este dinero?

—La compra de armas.

—Entiendo. ¿Es Carpenter quien se encarga de la compra de armas?

—Sí.

—¿A quién se las compra?

—Eso no lo sé. Sé que Carpenter estaba esperando el dinero.

—¿Estaba? —le interrumpió Souza—. ¿Ya no lo espera?

—No exactamente. Creo haberle dicho ya que llamé a Carpenter a Buenos Aires, diciendo que le había localizado a usted y que iba a recuperar el dinero para llevárselo. Carpenter dijo que, por si surgían más complicaciones durante el resto del trayecto, él iba a acudir a nuestro encuentro con una lancha desde Buenos Aires, navegando siempre cerca de la costa.

—Bueno, eso quiere decir que es muy posible que mañana el amigo Carpenter y yo nos crucemos en el mar. No tengo la menor intención de poner seis millones y medio de dólares en manos de ese hombre, pero supongamos que él llegase a recibir el dinero… ¿Compraría armas?

—Sí, las compraría…

—Eso ya lo ha dicho, Ramón. ¿A quién compraría las armas Carpenter?

—No lo sé… Le juro que no lo sé. Todo lo que sé es que con ese dinero Carpenter iba a afrontar el pago de una gran partida de armas, que llegarían desde el extremo sur de Argentina. Por lo poco que entendí, creo que serían desembarcadas una noche en Bahía Grande, al sur de Santa Cruz. Pero no sé quién se las piensa o pensaba vender a Carpenter.

—Eso nos coloca en una situación de ignorancia muy cómoda, Ramón.

—No le entiendo —le miró sorprendido el moribundo.

—Quiero decir que, según yo interpreto, algún país tiene interés en que esas armas lleguen a manos de Carpenter, pero si nosotros no lo sabemos, no podemos acusar a ningún país. Y digo acusar, porque supongo que esa gran partida de armas no es para nada bueno.

—Claro que no. Sé perfectamente que lo que Carpenter está preparando para ponerlo en marcha en cuanto haya recibido las armas, es una revuelta armada en Buenos Aires, con el fin de sacar al actual gobierno militar del poder.

—¡Qué barbaridad!… —refunfuñó Souza—. ¿Acaso no saben los argentinos estarse tranquilos de una puñetera vez? Aunque a veces hay fuerzas exteriores, ajenas al país y que organizan grandes

perturbaciones. Sí… Es posible que sean grupos ajenos a Argentina quienes estén preparando esta gran revuelta sangrienta en Buenos Aires. ¿Realmente no sabe nada usted al respecto, Ramón?

—No… Ya le he dicho que yo solamente soy un asalariado de Carpenter y que sirvo…, servía de puente entre él y Armando Buonetti.

—Mire, Ramón, a mí me pareció muy lógico el sistema que usted y sus amigos utilizaron para localizarme. En cambio, el sistema que utilizó Miranda ya no me parece tan lógico ni factible. Imagínese que en un mar como el Atlántico y un continente como el Sudamericano, cuatro hombres, para encontrar a otro que está supuestamente huyendo de Río, se lanzan tan alegremente hacia el sur con la esperanza de encontrarle, ya sea viajando por mar, tierra o aire… ¿No le parece absurdo?

—No sé.

—A mí, sí… Y cuanto más pienso en ello, más me convenzo de que Miranda no partió tras de mí al azar, en busca de la buena suerte de localizarme, sino que cuando partió en mi persecución sabía perfectamente que yo iba hacia el sur. Alguien le había informado de ello.

—¿Quién? —se interesó desganadamente Ramón.

—No lo sé. Pero creo que podría ser la misma persona que también informó a Miranda de que ayer, en Río, la señorita Wilkington tenía que entregarle a usted la maleta con el dinero.

—Sí… Es muy posible. ¿Quién cree usted que puede haber intervenido en este sentido en el asunto, señor Souza?

—No lo sé. Lo indudable es que advirtieron a Miranda de la entrega de la maleta, en Río. Y que advirtieron también a Miranda de que Melanie Wilkington y yo nos dirigíamos hacia el sur.

—A propósito —miró hacia la puerta de la cabina Ramón—, ¿dónde está la norteamericana?

—La tengo un poquito al fresco —sonrió Souza—. La estoy enseñando a pilotar una lancha lanzada a toda velocidad. Y así se le van quitando de la cabeza ideas y visiones que, entre todos, la hemos obligado a vivir.

—Bueno, ella se metió en el asunto, ¿no? —refunfuñó Ramón.

—Según parece, no se metió, sino que la metieron —especificó Souza—, lo cual es muy diferente. ¿Usted no cree que alguno de sus

amigos pudo estar en combinación con Miranda, advirtiéndole primero de que usted iría a la avenida de la Princesa Isabel a recoger la maleta, y advirtiendo también luego a Miranda, cuando ustedes me localizaron, de que yo iba hacia el sur?

Ramón estuvo unos segundos con la mirada fija en el techo. Parecía que ni siquiera hubiese oído las palabras de Souza. Pero de pronto, Ramón movió la cabeza en sentido negativo.

—No. No creo que ninguno de mis compañeros hiciese eso, señor Souza.

—De acuerdo. Pero alguien lo hizo, ¿no es así?

—Si usted lo dice, así debe ser —admitió con un gesto de dolor Ramón.

—¿Qué pasa? —Le miró vivamente José Alberto—. ¿Se encuentra peor?

—Peor ya no es posible —suspiró Ramón—. Verdaderamente, tiene usted un modo muy curioso de matar a la gente.

—Vamos a ver si con un poco de suerte llegamos a Sao Francisco antes de que la haya diñado.

Pero no… No hubo suerte.

Antes de que la lancha alcanzase a divisar en la costa las luces de la localidad costera de Sao Francisco, Ramón murió. Lo hizo apaciblemente, silenciosamente, casi dulcemente…

Souza dirigió la lancha hacia la costa. Tal como esperaba, llegó a una playita solitaria y allá desembarcó el cadáver de Ramón. Lo llevó él sólo unas decenas de metros tierra adentro, y luego, utilizando unos arpones que llevaba en la lancha, procedió a cavar una tumba lo bastante profunda para que el desdichado pudiese descansar en paz para siempre.

Pese a su oposición, Melanie se empeñó en ayudarle en todo, así que la labor fue menos fatigosa de lo que había temido. Pero aunque hubiese resultado doblemente ardua, José Alberto Souza habría cumplido su parte del trato.

Ya enterrado Ramón, regresaron los dos a la lancha y reanudaron el viaje, siempre hacia el sur.

Según sus cálculos, la iluminación bastante intensa que ahora se veía hacia el sur y ya muy cerca, correspondía a la ciudad de Florianópolis, en la isla de Santa Catalina. Considerando que ni siquiera hacía veinticuatro horas que había partido de Río de

Janeiro, y la serie de contratiempos que habían ido teniendo durante la singladura, la distancia cubierta era considerable. Considerable y merecedora de un descanso, desde luego.

Poco después, Souza encontraba una pequeña caleta, donde metió la lancha; paró los motores, tiró el anclote y fue a reunirse con Melanie en el interior de la cabina.

La muchacha había terminado de preparar unos cuantos víveres, y al verlos, Souza comprendió que también él tenía un feroz apetito. Comieron los dos en silencio, dirigiendo Melanie frecuentes miradas a la maleta.

Hasta que por fin Souza preguntó:

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué miras tanto la maleta?

—Me estoy preguntando si no puede explotar sin necesidad de que nadie manipule estos cierres, Cherto.

—Queda tranquila. Si no se la violenta en algún sentido, no explotará. Te lo garantizo.

—¿Cuándo preparaste ese explosivo? —preguntó Melanie.

—Cuando bajé las maletas al aparcamiento subterráneo del edificio donde vivo. Tengo allí algunos pequeños trucos que utilizo según la necesidad del momento.

—Eres un hombre extraño —le miraba con los ojos muy abiertos Melanie—. Miranda tenía razón cuando decía que eres especial, Cherto…

—Sólo soy un aventurero —sonrió Souza—. Ya ves qué cosas tiene la vida: juntar a un aventurero como yo y a una jovencita como tú, que toda la gran aventura de su vida ha sido abandonar Baltimore para irse a vivir a Río de Janeiro con el fin de aprender un idioma diferente y conocer gentes diversas…

CAPÍTULO VIII

Hay quien desayuna con caviar, y hay quien desayuna con besos. En lo que a Melanie Wilkington se refería, no sólo no tenía opción, ya que no había caviar en la lancha, sino que, de haber podido elegir, igualmente hubiese preferido los besos…

Era muy temprano cuando recibió el primero. Segundos después se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo, así que despertaba del todo, veía la luz del sol, notaba la piel de Cherto Souza, otro beso más, una caricia…

—¡Oh, Cherto! —suspiró.

Fue un espléndido desayuno, que luego completaron con víveres de la despensa de la lancha. Hacía apenas media hora que había salido el sol, y ya José Alberto y Melanie estaban en plena órbita vital, despiertos, alegres, dispuestos a todo.

—Hay unos mil cuatrocientos kilómetros de aquí a Buenos Aires —dijo Cherto, después de darle un beso en la nuca a Melanie—. Lo que significa un mínimo de cuarenta horas de navegación, contando con que tendremos que ir parando para repostar combustible… Y hablando de eso, creo que sería conveniente que nos acercásemos a Florianópolis, a fin de proveemos de víveres y de reserva de combustible.

—Podríamos hacerlo más adelante —dijo Melanie, besando a Cherto en la garganta, bajo la barbilla.

—Podríamos, pero yo prefiero hacerlo en Florianópolis —replicó él, besándola en una orejita—. Y no empieces de nuevo con el juego o nos vamos a estar aquí toda la vida.

—Nos moriríamos de hambre —rió ella.

—Más bien de fatiga —le guiñó él un ojo—. ¡Hijita, no pareces yanqui, la verdad!

—¿Por qué? —se sorprendió ella.

—Pues…, mujer, ya sabes…

—¿Qué es lo que sé? ¿A qué te refieres?

—Siempre he oído decir que las norteamericanas son más bien frías.

—Bueno —reflexionó maliciosamente Melanie—, así aprenderás a no hacer caso de las habladurías. ¿Quieres que repitamos el desayuno?

—¡No! —Se sobresaltó Cherto—. ¡Dame tiempo para digerir el que ya he tomado!

* * *

Ya no tuvieron más contratiempos, posiblemente por la sabía decisión de José Alberto de no complicarse más la vida y navegar muy mar adentro. De este modo, si realmente Carpenter iba costeando, era imposible que ambas lanchas se cruzasen.

—¡Buenos Aires!… —exclamó Melanie—. ¡Oh, Cherto, cuántas cosas estoy conociendo…!

—Me alegro de que estés tan contenta… ¿Cuál de las cosas que has conocido en estos días te gusta más?

—Tú.

—No has tenido suerte, pelirroja: te has enamorado de un aventurero sinvergüenza.

—Ya no tiene remedio —suspiró cómicamente ella—. ¿Por qué no me besas, Cherto?

—Porque si suelto los mandos de la lancha nos vamos a dar de narices con cualquier argentino en la avenida Costanera.

Sí. Finalmente estaban en Buenos Aires, navegando por delante de la avenida Costanera, contemplando ante ellos la capital argentina, reluciendo al sol de la mañana. Mientras Melanie la contemplaba boquiabierta, José Alberto condujo la lancha a un embarcadero, y apenas si serían las diez y media de la mañana cuando los dos pisaban suelo bonaerense.

—Y ahora —dijo Souza—, vamos a llamar a ese número de teléfono. ¿Hablarás tú o prefieres que lo haga yo?

—Me parece que tú hablas el español mucho mejor que yo, Cherto.

—Pero soy menos guapo —sonrió él.

Veinte minutos más tarde, Cherto había hablado por teléfono con un hombre, que le citó en cierta casa de la calle Santafé, en el aristocrático barrio de Palermo. Y otros veinte minutos más tarde, el carioca y la yanqui se apeaban de un taxi cerca del número indicado por el comunicante telefónico. El taxista se quedó estupefacto cuándo Cherto le tendió un auténtico billete de diez dólares norteamericanos, pero no se complicó la vida haciendo comentarios sobre lo carísimo que estaba el dólar en Argentina, sino que se alejó a toda velocidad con su «botín».

Cherto y Melanie, el primero cargado con la maleta, caminaron por la calle Santafé hasta encontrar el número que buscaban. Correspondía a un hermoso chalet de dos plantas, con un bonito jardín que se veía muy descuidado. Las ventanas estaban todas cerradas. No se veía a nadie, ni se oía nada en la casa…

—Quizá no entendiste bien —dijo Melanie—. Esta casa parece que está desocupada hace tiempo, Cherto.

José Alberto ni siquiera contestó. Sólo señaló con la barbilla hacia la puerta de la casa, que se había abierto a medias, y sin salir, un hombre les hacía señas de urgencia, llamándoles. Melanie se sorprendió, pero José Alberto caminaba ya hacia la puerta, y ella siguió a su altura.

—Pasen, pronto —les instó el hombre, apartándose en cuanto estuvieron ante la puerta—. ¡De prisa!

Entraron los dos. El hombre cerró la puerta… y Melanie lanzó un gritito de sobresalto al ver a dos hombres más en el vestíbulo. Cada uno de ellos empuñaba una imponente pistola provista de silenciador, y también el que había hecho de portero sacó otra arma parecida, mientras tendía la otra mano hacia la maleta.

—Permítame, señor Souza. Debe estar fatigado de tanto ir cargado con esta maleta.

José Alberto la entregó. Melanie iba a decir algo, pero él movió negativamente la cabeza, y le pasó el brazo por los hombros. El tipo que se había hecho cargo de la maleta señaló hacia el interior de la casa.

—Les están esperando —dijo.

Segundos después entraban en un gran salón. De momento Melanie no vio nada, tal era la penumbra allí. Pero el hombre que

estaba de espaldas ante la ventana del fondo, abrió un poco ésta y se volvió… La reciente y ahora abundante luz fue más que suficiente para que Melanie lanzase una exclamación de asombro.

—¡Señor Buonetti! —Casi gritó.

Armando Buonetti sonrió amablemente, y se acercó a su secretaria, que no salía de su asombro. Melanie miró a José Alberto, que permanecía impávido, fija la mirada en el argentino poseedor de una tienda de objetos de arte en Río de Janeiro.

—¿Cómo ha ido el viaje, Melanie? —preguntó Buonetti.

—¡Oh, muy bien!… ¡Sí, muy bien!

—En realidad —deslizó suavemente Cherto—, ha sido como una corta luna de miel, señor Buonetti.

—Entiendo… ¿Así de felices se sienten?

—Muy felices. Tenga en cuenta que esta corta luna de miel ha sido más bien… ¿cómo se lo diría?… Bueno, usted ya sabe que ahora están de moda las experiencias de este tipo… ¿Por qué quedarse con algo que no sabemos si nos va a gustar o no? Así que esta corta luna de miel ha sido… una puesta en marcha de una pareja. Vamos, como una prueba… que ha dado excelentes resultados.

—Entiendo —sonrió Buonetti—. Digamos que se queda usted con Melanie, señor Souza.

—Así es.

—¡Y yo con él! —rió Melanie, estremecida de felicidad—. ¡Señor Buonetti, si supiera cuánto amo a Cherto!… ¡Voy a ser tan feliz con él durante toda mi vida que…!

—Me parece, pelirroja —la interrumpió Cherto—, que el señor Buonetti tiene otros planes para nosotros.

—¿Otros planes? ¿Qué planes?

—Matarnos.

Melanie quedó un instante como si tal cosa. De pronto, comprendió y palideció intensamente. Su mirada pareció saltar hacia el argentino, que sonreía afablemente, mirando con curiosidad a José Alberto.

—¿Cómo ha podido llegar a esta conclusión, señor Souza?

—Porque usted no tenía por qué saber que yo me llamo Souza…, a menos que se lo dijera Miranda, cuando le llamó a Río para decirle que me habían encontrado, pero que había una bomba

en la maleta… ¿Sabía usted que luego se «cargaron» a Miranda, señor Buonetti?

—No, no lo sabía, pero lo comprendí. Es usted muy inteligente, señor Souza… ¿Qué más cosas sabe?

—Es evidente que fue usted mismo quien contrató a Miranda y su pandilla para que le arrebatasen la maleta a Melanie en la avenida de la Princesa Isabel, en Río, y tenían que hacerlo cuando Ramón lo viese, a fin de que le dijese a Carpenter que usted había cumplido su parte, esto es, que había enviado el dinero para que le llegase a él por medio de Ramón… ¿Qué culpa tenía usted si alguien les había quitado la maleta a Melanie y a Ramón? De este modo, Carpenter no se enfadaría con usted… y usted se quedaría con los seis millones y medio de dólares, menos la pequeña parte que les daría a Miranda y a los otros tres desdichados. De ninguna manera podía creerme yo que me habían encontrado «buscando por ahí»… Fue usted quien les dijo hacia dónde me dirigía y por qué medio, esto es, en lancha. Por lo tanto, ellos fletaron otra más veloz, y Bergman se adelantó con un helicóptero, para tener más radio de acción y localizarme cuanto antes.

—Es usted muy muy listo —sonrió de nuevo Buonetti.

—Pe…, pero… ¡lo que ha dicho Cherto no es verdad! —exclamó Melanie—. ¡No puede ser verdad!

—¿Por qué no, Melanie? —La miró Buonetti, siempre sonriente.

—Pu…, pues… no sé… ¡No puede ser verdad!

Buonetti miró a José Alberto, y encogió los hombros, con el gesto de quien se resigna ante la tontería o la ingenuidad ajena. Luego, señaló la maleta, y dijo:

—Abridla.

—¡No! —gritó Melanie—. ¡Está llena de explosivos que…!

—Tonterías —cortó secamente Buonetti—. Souza no va a jugar conmigo como hizo con el idiota de Miranda y los demás. Abrid esa maleta ahora mismo: éstas son las llaves.

Tiró un llavero a las manos de uno de los hombres, que se apresuró a abrir la maleta, sin temor alguno. Melanie se abrazó a Cherto, que tampoco se inmutó… En realidad, la única equivocada allí era Melanie. La maleta fue abierta sin que se produjese ninguna explosión, con toda facilidad. El hombre que la había abierto lanzó una exclamación, y cuando Buonetti se acercó a mirar al interior de

la maleta, palideció intensamente.

—Sólo hay libros —jadeó el otro—. ¡En esta maleta sólo hay libros!

—Siempre viajo con libros —dijo Souza—. Y ello es porque, además de ser una persona culta, no puedo dormirme sin leer algo. Los libros, bien sabido es, son los mejores amigos del hombre. Si el libro está escrito con amor, con dedicación, siempre nos ofrecerá algo, por modesto e insignificante que sea. En cambio, hay algunas personas de las que nunca se puede esperar nada bueno de ninguna manera… Por ejemplo, del señor Buonetti. ¡Es más malo…!

Los tres hombres le miraban con expresión incrédula, mientras Melanie todavía se resistía a creer lo que sus propios ojos estaban viendo, esto es, la maleta conteniendo libros. Por su parte, Armando Buonetti, lívido, se colocó delante de José Alberto y deslizó fríamente:

—Tiene diez segundos para decirme dónde está el dinero.

—Si se pone en este plan no llegaremos a ningún acuerdo, señor Buonetti —sonrió cortésmente José Alberto.

—No llegaremos a ningún acuerdo de ninguna manera, Souza —aseguró secamente Buonetti—; o me dice dónde está el dinero o les mato a los dos ahora mismo.

—Usted no puede ser tan imbécil de matar a una persona que es la única en el mundo que sabe dónde están sus seis millones y medio de dólares. ¿Por qué no conversamos, señor Buonetti? A fin de cuentas, lo mío es sólo curiosidad.

—¿Curiosidad?

—Sí. Por ejemplo: ¿de dónde sacó usted esa cantidad de dólares? ¡Y no me diga que son sus ahorros!

—Su sentido del humor está empezando a irritarme, Souza.

—Tendrá que soportarlo. Tenga por seguro que si no llegamos a un acuerdo jamás volverá a ver su dinero.

Insistiré en mi pregunta: ¿de dónde lo sacó? Y no le pregunto para qué lo está esperando su amigo Carpenter porque todo eso ya lo sé, pues me lo contó Ramón. Se trata de una revolución relámpago y ferocísima, un golpe de mano contra los militares que ahora ocupan el poder en Argentina… Por cierto, señor Buonetti: ¿sabe usted qué país va a proporcionar las armas a Carpenter?

—No. Ni me interesa. Eso es cosa de Carpenter… y de los

cretinos que han fraguado ese golpe de mano. ¿Quiere saber de dónde proviene el dinero? Está bien: proviene de muchos argentinos en el exilio que me lo han estado enviando a mí para que lo fuese reuniendo, a fin de disponer de la cantidad necesaria en el momento oportuno.

—¡Ah, caramba!… ¡Con que se trata de eso! Y usted, más listo que nadie, se dijo que era una estupidez gastar seis millones y medio de dólares en armas, de modo que contrató a Miranda y compañía para que se apoderasen del dinero sin que Carpenter sospechase nada, así como los argentinos en el exilio que habían confiado en usted… Vaya, ¿qué le parece? ¡Es usted un tío listo, señor Buonetti!

—Usted también lo es —gruñó Buonetti.

—Pues sí, verdaderamente, tengo que admitirlo: soy un tío listo. Pero eso forma parte de mi obligación como agente del servicio secreto brasileño.

—¿Qué?… —Respingó Buonetti, palideciendo de nuevo.

También los otros tres hombres, y Melanie, habían respingado sobresaltados… Todos miraban con desconcierto e incredulidad al «aventurero sinvergüenza» llamado Cherto Sousa…

—¡Pero, hombre, señor Buonetti!… —exclamó amablemente Cherto—. ¡Eso es algo que usted debió comprender en seguida! ¿Cómo iba a ser verdad una casualidad tan grande en todo este asunto? Un tipo con una «Honda» que aparece en el momento justo, secuestra a una linda muchacha y seis millones y medio de dólares…, y que en lugar de quedarse con ambas cosas, le llama a usted por teléfono para decirle que sólo quiere el diez por ciento… ¡Hombre, señor Buonetti, tonterías no, por favor!

—Cherto… —tartamudeó Melanie—, ¿de verdad eres… eres…?

—Un espía —sonrió el carioca—. O algo parecido. Y como buen espía, desconfiado. Por eso no confiaba en ti, pelirroja. Aunque, claro, te seguía el juego… porque era un juego delicioso. Bueno, señor Buonetti —miró Cherto de nuevo al argentino—, ¿terminamos la partida ya?

—¿Qué quiere decir? —jadeó Armando Buonetti.

—Me está decepcionando, señor Buonetti. La verdad es que le creíamos a usted más listo, más… importante. Como usted comprenderá, mi servicio se enteró pronto de que usted recibía

cantidades de dinero, y nos dedicamos a vigilarle; por eso iba yo el otro día detrás de Melanie Wilkington, ¿no comprende? Y por eso pude intervenir tan oportunamente. Ahora, las cosas están del siguiente modo: el dinero está en Río, y a su debido tiempo nuestros respectivos gobiernos tomarán una decisión sobre el destino que hay que dar a seis millones y medio de dólares… En cuanto a la actual situación en esta casa, ¿tengo que decírselo, señor Buonetti?

—¿El qué?

—¡Pero, hombre!, ¿usted cree que yo iba a venir aquí como un idiota, solo, sin ayuda, sin saber cuántos hombres podían haber en esta casa, ni lo que podía ocurrir en ella? Señor Buonetti: en cuanto entramos Melanie y yo en aguas argentinas, las autoridades no nos han perdido de vista, tal como solicité en Florianópolis. Seguramente hay algunos compañeros míos ahí fuera, en la calle, con agentes argentinos… Hasta es posible que haya soldados… ¡Pero, hombre!… ¿No comprende usted que si he desembarcado tan ricamente es porque todo estaba convenido y previsto?

—No es cierto… ¡No es cierto!

—Es usted un cretino —movió la cabeza José Alberto—, pero al parecer, lo considera un privilegio.

—Gómez —miró Buonetti a uno de sus hombres—, echa un vistazo a la calle.

Gómez salió sin decir nada. Regresó medio minuto más tarde. Estaba blanco como la leche.

—La casa está rodeada, señor Buonetti —susurró—. Y este tipo tiene razón: hay incluso soldados.

—Hombre, claro —remachó implacablemente José Alberto—. Lo que quieren los militares argentinos es agarrarle a usted por el pescuezo y apretárselo hasta que diga los nombres de los exiliados que han intervenido en esto, así como a qué país le compran las armas, etcétera. Es lógico que intervengan. Bien, ¿qué deciden? ¿Qué piensa usted, Gómez? ¿Quiere morir, o prefiere unos pocos años de cárcel? Y ustedes dos, ¿qué piensan al respecto? Mi oferta…

—¡Cherto! —gritó Melanie.

José Alberto Souza dio un sobresaltadísimo brinco hacia su derecha y fue a caer de rodillas casi dos metros más allá… En realidad, todo sucedió simultáneamente: Melanie gritaba, Cherto saltaba, Buonetti sacaba su pistola y disparaba… y Melanie volvía a

gritar, giraba sobre sí misma y caía de bruces al suelo, al recibir la bala que Buonetti había disparado con intenciones de matar a Souza.

—¡Melanie!… —gritó éste, lívido como un muerto.

—¡Te voy a…! —Le encaró de nuevo la pistola Buonetti.

Cuatro metros a su derecha, Gómez disparó, anticipándose a Armando Buonetti, y su bala, certera, dio en la sien de éste, arrancándole aquella parte de la cabeza en horrendas salpicaduras y derribándole, tras dos o tres giros, contra la pared.

Cherto Souza ni le hacía caso. Todavía arrodillado, se desplazó velozmente hacia donde yacía Melanie, y tendió las manos hacia ella… Pero las detuvo en seco y volvió la cabeza hacia Gómez:

—Una ambulancia… ¡Pidan una ambulancia!

—Señor Souza… —Se tensó la voz de Gómez—, espero que se nos tenga en consideración… Le hemos ayudado a usted…

—Sí, sí, sí… ¡Pidan una ambulancia! ¡Pronto!

Gómez se abalanzó al teléfono. Eso era lo que iban a hacer: pedirían una ambulancia, con lo que se granjearían aún más el agradecimiento de Souza, y luego se entregarían a los hombres que había bloqueando la casa. Eso harían, y al menos salvarían el pellejo…

Mientras tanto, con gran cuidado, José Alberto Souza estaba volviendo boca arriba a Melanie Wilkington, por si podía hacer algo por ella mientras llegaba la ambulancia. Se mordió los labios al ver la mancha de sangre en el pecho de la muchacha. Luego, con sobresalto, se dio cuenta de que Melanie tenía abiertos los hermosísimos ojos, que fijaba en él.

—Cherto…, qué…, qué gran aventura he…, he vivido… contigo… Ha sido… lo más… maravilloso… de mi… vida…

Este es el final

—Entonces… ¿no estoy muerta? —susurró Melanie.

—No —sonrió Cherto—. Estás viva, pelirroja… En un hospital argentino, en Buenos Aires, claro.

—¡Oh, en Buenos Aires…!

—Dentro de pocos días estarás completamente bien —aseguró Souza.

—Sí, claro… ¿Cómo están las cosas?

—Armando Buonetti murió. Y también Carpenter, pues se resistió cuando los guardacostas brasileños le salieron al paso. Todos mis compañeros han regresado a Brasil, y los argentinos están interrogando a Gómez y los otros dos, aunque no creo que saquen nada en claro; se ha evitado el golpe de mano sangriento, pero no se sabrá nunca qué país lo estaba financiando con la venta de armas, y cuáles fueron los exiliados argentinos que pusieron el dinero. De todos modos, se ha conseguido evitar ese golpe de mano, que habría sido terrible.

—Y todo… gracias a ti, Cherto.

—Yo sólo he cumplido con mi deber —murmuró Souza.

—Me engañaste…

—A decir verdad, hasta que recibiste la bala destinada a mí, no estuve seguro de que no me estuvieses engañando, pelo de panocha. Lo cual habría sido lo mismo que engañar a mi patria, compréndelo. Pero ahora… ahora tengo la lancha esperando y he pedido… he pedido unos días de vacaciones, y sólo espero… saber cuál es tu reacción hacia mí… después de todo lo que ha pasado.

—¿Quieres decir… que tú me amas realmente, Cherto?

—Sí —tragó saliva Souza—. Te amo tanto como a mi propia vida, pelo de panocha, y quisiera… continuar nuestra luna de miel durante toda nuestra vida…, si tú quieres, claro.

Melanie miró por la ventana del cuarto del hospital donde

estaba instalada. Hacía sol, el cielo se veía azul… ¿Acaso mucha gente no es felicísima disfrutando de su luna de miel nada menos que en Río de Janeiro? ¡Y ella podía estar allí toda la vida, con Cherto!

Tendió las manos hacia éste, sonriendo dulcemente, y dijo:

—Amor mío, vamos a Río…, ¡cuanto antes!

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…